

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 744.

## SUMARIO.

El emperador de Austria en Buda; grabado. — Estudios de moral. — Poesias. — Tradiciones religiosas de España. — Stephen y los sucesos de la Irlanda; grabados. — Recepcio-

nes de S. A. I. la princesa Matilde; grabados. — Revista de Paris. — Estudios de historia natural. — Exposicion universal de 1867; grabados. — La Marquesa de Pinares. — Sucesos de Creta; grabados. — Teatro del Gimnasio; grabado. — Ex-

plosion de una dependencia del polvorin del Pausillipo; grabado. — Revista de la moda. — Crichton. — El fronton del hospital civil de la Misericordia en Rio Janeiro; grabado. — Las fuentes en Constantinopla; grabado.



Entrada de S. M. el emperador de Austria en Buda.

### El emperador de Austria en Buda.

Dos palabras acerca del dibujo que figura al frente de este número. El emperador de Austria, que va á ser consagrado rey de Hungría, no se ocupa mas que de la cuestión húngara. Nuestro grabado pone de manifiesto con qué entusiasmo ha sido recibido en Buda. «El reino de Hungría, dijo el emperador respondiendo al arzobispo Bartakovics, será el apoyo mas firme de la monarquía, y yo seré el fiel guardian de la integridad territorial del reino de Hungría y de la libertad constitucional.»

A. M.

### Estudios de moral.

BABILONIA LA GRANDE.

(Conclusion.)

Sin un documento ó un estudio de este género, la legislación y la filosofía quedarán siempre incompletas; no tocarán jamás al blanco; jamás sus especulaciones ó sus juicios, fundados en el conocimiento de los hechos en su realidad, remediarán unos males cuyo principio se oculta á los ojos de todos. Desde su primera edad, se encuentra en el alma del predestinado al crimen, enteramente desarraigado el sentimiento moral: su modo de ver el bien y el mal es vago é indeterminado. Conforme va avanzando en la carrera y crece en la perversidad, disminuye y se debilita su sentido moral: todo cambia de aspecto á sus ojos. El bien se convierte en mal para él, y el mal en bien. Se hunde en sus pensamientos criminales; la sociedad le maldice, y bien así como el ángel caído de Milton, no tiene mas que un orgullo invencible por conciencia y por virtud,

La necesidad del odio, el deleite de dañar (1).

Como el vicio está siempre concentrado en su corazón, los demás hombres no ven nada que les revele sus movimientos ni sus progresos interiores. No saben cómo se forma por grados un alma viciosa; no ven sino la falta y el castigo, el desenlace del drama, la última página de la historia, el efecto sin causa, el robo y el cadalso. Así es como están preparados y fundados todos los juicios humanos. Así es como se escriben los anales de los tribunales y de los imperios. Yo he visto á un labriego que queria saber qué hora era, comprar pieza por pieza todas las ruedas de que se compone un reloj, las agujas, el vidrio y la caja. Tenia todo el reloj, y sin embargo el pobre no estaba mas instruido que antes.

Figuraos un niño de seis años, dado á luz por uno de estos infelices que he pintado mas arriba, criados en esas barracas hediondas ó dormidos como irracionales en las orillas de un camino. Su padre, muerto en el hospital, no ha podido hacerle tomar un estado; sus dos hermanas son criadas en los arrabales de Londres; en cuanto á nuestro héroe, solo tiene un recurso para ser virtuoso: perecer en la inacción. Se muere de frío, el hambre le devora, y su escuela es una holgazanería perpétua. Empieza por robar un pedazo de madera, una manzana, por destruir algunas pulgadas de seto vivo para defenderse de los enemigos que le asedian. La necesidad le justifica, y ciertamente que en la pequeña guerra que empieza contra la sociedad, no es él quien tiene la culpa hasta el presente. Sin embargo, la inmoralidad empieza con estos actos de fraude y violencia; bien pronto ejerce su nueva industria, la única que se le permite, con mas destreza y audacia. Los vecinos le tratan de niño mal criado; sus parientes, si los tiene, no cuidan de corregirle y advertirle; los serenos le recogen, le llevan en triunfo como un preso de estado, y le hacen comparecer delante de un juez de paz bien alimentado, de color sano, de ojos adormecidos y de fisonomía grave y sombría. El pobre niño, que no exigiria, para venir á ser un miembro útil de la sociedad, sino ser bien vestido, bien tratado, que se le instruya en sus deberes, y que no se le deje morir de hambre, llora amargamente. ¡Ay! ha robado peras ó manzanas, y se le envía un mes á ensayar el aprendizaje de vicios en la cárcel comun; se le condena á ser semejante á los hombres depravados entre quienes va á vivir. Se le veda que vuelva jamás al camino del bien. Le cierran su pobre casa, ajan su nombre, y ya no oye hablar sido de esas hazañas lucrativas que son un objeto de triunfo para los rateros. Compara con esta fuente de ganancias peligrosas, pero considerables, la miserable vida que arrastra, y su suerte queda resuelta. Cuanta mas energía natural, talento, destreza, valor y audacia tiene, mas fácil es corromperle. Al extremo de esta carrera en que se lanza, se levanta el fatal instrumento del suplicio; y él camina hácia este extremo de crimen en crimen, sin remordimientos, sin pensar en el bien: y cuando ha dado la hora aciaga, sus compañeros le exhortan á manifestar valor; el pueblo mira, el sacerdote predica, los rateros ejercen su oficio entre

(1) *Paraiso perdido*, capítulo III.

la muchedumbre, y el verdugo el suyo; se apresuran, se empujan, se codean, se derriban, y el legislador, asustado del progreso incesante de los crímenes, sin buscar su causa, sin subir á su origen, se contenta con añadir algun nuevo aguijon á la férula de las leyes, alguna nueva ordenanza penal á los antiguos estatutos.

Y ya que las medidas prohibitivas no producen ningun resultado, ¿no se podría probar otro camino para atajar los progresos del vicio? Ya sabemos qué efecto producen la amenaza y la presencia de las leyes criminales; sepamos pues el que produciria su ausencia.

He demostrado el modo con que se fabrica el vicio en nuestras tiendas, en nuestras familias, en nuestras cárceles; de qué modo el gobierno y las leyes mismas concurren á hacer ladrones y á infestar de inmoralidad clases enteras de ciudadanos; he descendido, en cuanto he podido, al fondo de este abismo, para descubrir las mismas fuentes de donde salen tantos actos de depravacion y desespero: es evidente que nuestras instituciones favorecen al vicio, con su imprevision y su cruel desprecio de la humanidad; que las clases superiores de la sociedad lo alimentan á su vez con su pródiga indiscrecion y su brillante inmoralidad; que la situación de nuestros proletarios les condena de un modo casi inevitable á traspasar la ley y á sufrir el castigo que la misma impone; en una palabra, que hacemos culpables para castigarlos. Iré mas lejos todavía, y pues he tomado el empeño de desarrollar en sus causas secretas y en sus resultados lejanos estas iniquidades tan numerosas, no olvidaré ninguna de las fuentes de vicio que mi observacion me ha dado á conocer.

Al prometer al agente de policía una recompensa y un premio por cada culpable que detenga, la ley alienta evidentemente las maldades: el mismo agente de policía es un hombre vicioso á quien ningun escrúpulo puede contener; y cuando encuentra su interés en ver aumentar el número de delincuentes, no creais que se ocupe en mejorar moralmente á sus semejantes. Si el ladrón á quien sorprende *in fraganti* le paga generosamente, le suelta; si encuentra mayor interés en entregarlo á la justicia, le conduce delante del juez. De esta combinacion resulta una connivencia inevitable entre dos clases de hombres que parecen no tener ninguna afinidad entre sí. Un interés mutuo establece un punto de contacto entre el delator y el ladrón. El delator anima y alimenta el robo, lo protege aun de cuando en cuando, bien así como un cazador experimentado protege la propagacion de las razas que pueblan sus bosques. El ladrón por su parte dirige al espía y lo paga, y á veces le entrega sus compañeros para merecer su proteccion y su benevolencia. Aun despues del arresto del delincuente, el espía, llamado como testigo ante el tribunal, puede salvar ó perder al que prendió; y este último, cuando la infidelidad del agente de policía le ha agenciado su gracia, puede, por medio de diestras revelaciones, servir á los intereses de su aparente enemigo, que ha parado en cómplice. Así es cómo, en las operaciones químicas, se ven dos sustancias heterogéneas obligadas á ligarse por la introduccion de una tercera sustancia que destruye su antipatía y las une disolviéndolas. De aquí nace un doble manantial de iniquidades y de crímenes impunes. Los bandidos confían burlar el rigor de las leyes, seduciendo á sus satélites; y estos hacen entrar en la lista de sus emolumentos el dinero que deben darles los malvados que prenden. ¿No es esto, pregunto, una fábrica de vicios harto activa y fecunda?

Aun hay mas; el robado, que sabe cuán lentos y costosos son los procedimientos de justicia, prefiere dirigirse al agente de policía antes que á los tribunales. Por este último camino gastaria dinero sin alcanzar nada; y merced al agente de policía que tiene constantes relaciones con los rateros, está casi seguro de encontrar una parte, corta, es verdad, de su propiedad robada, lo que siempre vale mas que nada. El agente de policía recibe de dos manos, saca contribucion del ratero y del robado, y prosigue su comercio.

Pero, preguntareis, ¿una vigilancia mas activa no descubriria al ladrón? No; apenas el objeto robado se quitó de las manos de su legítimo dueño, cuando pasa á otras manos, y la destreza de los bribones sabe burlar con admirables astucias los obstáculos que se le oponen. Colocan, por ejemplo, un falso testigo cerca de la escena donde ha sucedido el robo; su deposicion mentirosa engaña á la justicia: se escribe gravemente su declaracion; se arrestan personas muy inocentes; se examina, se pregunta, y en tanto que la penetracion de los jueces está enteramente absorbida en esta farsa ridícula, el objeto robado pasa de mano en mano, viaja de una tienda de ropavejero á otra, y el autor del robo se encuentra en completa seguridad: la justicia solo trata con rigor á los ladrones de segundo orden, á los instrumentos del robo, á los miembros de la cuadrilla. En cuanto á los jefes de la honrada profesion, son demasiado diestros para dejarse prender, demasiado experimentados para no huir de las pruebas que les abrumarian, demasiado ricos para no ser repetados y rescatados por los espías á quienes pagan. Ciertamente una sociedad así organizada ha de ser el blanco de graves repreensiones. ¿Qué no cabe ser pobre y honrado en una ciudad como Londres! Recorred las calles de esta gran ciudad, ¿cuántos miles de hombres no encontrareis en ellas que carecen de patrimonio y de industria, precisados á vivir de manejos y limosna, sin esperanzas, sin objeto, sin idea fija! Fluctúan, por decirlo así, en la superficie de este océano tempestuoso, cual naves sin mástiles, sin velas, sin remos, sin áncoras, sin jarcias. Todos sus esfuerzos para agenciarse un medio de

subsistencia han sido vanos; nadie cuida de ellos: tal vez han ocupado una posicion honrosa y gozado sin prevision de los placeres de la vida. Un revés súbito de fortuna les ha arruinado: el aislamiento, la desnudez en que se encuentran, tienen un no sé qué cien veces mas horrible que la situación del viajero perdido en una selva virgen de América. Al menos este puede arrancar algunas raices que aliviarán su hambre; al menos puede romper un tronco de encina para defenderse contra las fieras. Pero en una gran ciudad, cada pulgada de tierra tiene su dueño, cada pedazo de hierro ó de madera tiene su propietario. No le queda al hombre lanzado en esta populosa soledad sino el aire denso y nebuloso que cubre la ciudad, el suelo helado que pisa y el agua negruzca del Támesis: puede escoger su género de muerte, ó robar á su prójimo, esperando que los tribunales le desembaracen del peso de la vida. Si no pertenece á ninguna parroquia de Londres, nadie le dará un pedazo de pan... ¡No deben indignarse las almas generosas, cuando piensan en estas instituciones que dicen al hombre indigente y sin recursos: ¡*Sé criminal, ó muérete de hambre!*

Los *Montes de Piedad* y las cavernas de esos prestamistas sobre prendas allanan el camino del miserable hácia la ruina, el crimen ó el suicidio. Empieza por empeñar algunas alhajas supérfluas, con la esperanza de retirarlas luego. Durante algun tiempo vive del dinero prestado: la miseria continúa; los objetos mas preciosos y necesarios van por su turno á llenar la tienda del usurero; todo se perdió; la familia se encuentra sin vestidos, sin camisas, sin nada. No le queda otro recurso que mendigar y robar. Las mujeres, cuyas pasiones son mas ardientes y las ilusiones mas vivas, son sobre todo víctimas de este fraude autorizado por la mayor parte de los gobiernos, y practicado abiertamente por algunos. Siempre que paso por delante de esas tiendas de prestamistas sobre prendas, que ostentan con orgullo los despojos de esos infelices á quienes han robado, mi corazón se estrecha y las lágrimas humedecen mis ojos: veo en esos detestables trofeos la ruina de las familias, el crimen, el robo, el homicidio, la mendiguez, todas las plagas que nos inundan.

Cerca de todos los teatros, y no lejos de los tribunales de policía, hay tabernas habitadas por rameras y petardistas. El gobierno saca de esas madrigueras una tasa enorme, y alienta unas sentinas de desorden y de rapiña. Allí el jóven provincial que acaba de saltar en tierra se deja desbalijar por sus nuevas amistades. Deleites brutales que él tiene por placeres de Londres, preparan su desnudez; juega y pierde; rodéanle sirenas de encrucijada, y sale de estos lugares horribles con los bolsillos vacíos, la salud destruida, golpeado, despojado de sus vestidos. Las mujeres hacen el primer papel en estas casas que se toleran, y que ninguna administracion moral deberia dejar subsistir ni un solo día. Ellas son las que cautivan al provincial, las que le incitan á jugar largo, le embriagan y le adormecen con bebidas narcóticas. Si repara que le engañan, ellas son las que con sus gritos lastimeros reúnen la muchedumbre, ocasionan la confusion y el tumulto, y favorecen de esta suerte los proyectos de sus amigos, siempre dispuestos á pescar en rio revuelto. Se ve hasta á los nobles pares y miembros del Parlamento frecuentar estas miserables tabernas, y asociarse con los *boxers* ó luchadores que las habitan, raza bárbara, sanguinaria, de que felizmente el pueblo empieza á desconfiar.

Los marineros, los cómicos, los soldados, tienen tambien sus tabernas predilectas, donde se ejercen las mismas rapiñas, donde pulula tambien el robo. Los espías tienen igualmente su punto de reunion, donde se ponen de acuerdo con el pueblo ladrón que están encargados de perseguir. Allí se tramán las maquinaciones con cuyo medio se engañará á la justicia; allí es donde preparan los testigos falsos sus declaraciones, donde se trata del precio de la restitution de los objetos robados, se decide qué camarada será sacrificado, cuál será salvado; allí, en ese santuario del vicio y de la perfidia, es donde se fija de antemano la suerte de los ladrones y de sus víctimas.

Pero las mas extrañas y raras de estas cloacas son los mesones situados en los barrios apartados del centro de la ciudad, donde se reúnen los miembros de esta honrada profesion, despues de terminados sus altos hechos. Estos lugares pertenecen, por lo regular, á algun jefe de la cuadrilla, bandido anónimo, muy apreciado en su barrio, rico, que goza de consideracion, desconocido de sus agentes, en relaciones con la policía; y verdadero déspota de los infelices que le enriquecen exponiendo su vida y su libertad. Los espías conocen muy bien esos escondrijos que el público ignora, pero se guardan de descubrirlos y de perder de esta suerte uno de los manantiales de sus ganancias.

Uno de mis amigos, dueño de un reloj muy curioso que habia pertenecido al célebre lord Lovat (1) y que tenia las iniciales de este hombre singular, lo llevaba consigo, para hacerlo recomponer por un relojero del Strand. Cuando hubo llegado á casa del artista, vió que le habian robado, y que el reloj no estaba ya en su bolsillo. Al momento corre á casa de uno de sus antiguos discípulos, á quien extraños acontecimientos habian reducido á meterse á agente de la alta policía de Londres. Declárale lo que le acaba de acontecer: el agente

(1) Lord Simon Lovat, extraño personaje, escritor político que, empleado en tiempo de los Estuardos en la diplomacia secreta, perdió la cabeza en el cadalso á principios del siglo XVIII.

del repertorio que sirvió para inaugurarla. Lo único que ha habido estos últimos días ha sido la llegada de Fraschini, que ha cantado la *Lucia* con la Patti. El teatro estaba como nunca, cuajado de gente hasta en las mas ínfimas localidades. Es lástima que la empresa no pueda dar á menudo funciones tan brillantes.

Lo que tiene muy preocupado al mundo musical de París, son los festivales y concursos que prepara la comision imperial de la Exposicion para julio próximo. Hé aquí algunos detalles relativos á las sociedades instrumentales:

Habrá concurso internacional entre las sociedades civiles, y concurso entre las bandas de música militar de los distintos países de Europa. Las recompensas consistirán en veinte medallas de oro y grandes premios de 5,000, 4,000, 3,000, 2,000 y 1,000 francos. También se darán en estos concursos medallas de mérito y medallas conmemorativas. Todos estos premios reunidos representan un valor de 50,000 francos, cifra que declara por sí sola cuál será la importancia de estas solemnidades.

MARIANO URRABIETA.

## Estudios de historia natural.

PÁGINAS SUELTAS.

(Continuacion.)

El lobo se finge pequeño, medroso, se pone en huida; pero de modo que se deja seguir de cerca por el perro, conduciéndole directamente á la emboscada, y entonces se vuelve. Ambos lobos se arrojan á la vez sobre él, y el pobre guardian, despues de una terrible lucha, sucumbe y perece victima de su intrepidez, si su amo, avisado por sus aullidos, no acude prontamente á socorrerle.

Hasta aquí he dado á conocer salteadores que despezan desapiadadamente sus víctimas; echemos ahora una mirada de compasion á estas últimas, y veremos si la naturaleza les ha negado siempre los medios de sustraerse á una muerte cruel. No tomaremos en cuenta la pujanza del vuelo y la ligereza de la carrera, ni aquellas corazas y broqueles impenetrables que cubren á las tortugas y los cabasús, ni aquellas aceradas puntas que los erizos y algunos pangolines presentan por todas partes al enemigo, poniéndose redondos como una bola. Lo repetimos, queremos maravillas, y no hay cosa mas maravillosa que los archivos que tenemos delante.

Los espectros (*Spectrum*, Cuv.) son unos grandes insectos tan raros, tan horribles, que ninguna ave insectívora es osada á acometerlos, y ningun hombre ha puesto sobre ellos su atrevida mano. En los mismos países están los filios (*Phyllium*, Latr.), cuyo cuerpo verde, membranoso y achatado tiene tanta semejanza con una hoja, que se confunde con ella. Sus piés son asimismo foliáceos y tienen en los muslos unos apéndices que remedan exactamente unos paquetitos de hojas. En nuestros huertos se encuentran en los perales, rosales y otros arbustos, unas orugas cuyo cuerpo derecho, tieso y tuberculoso, tiene tal semejanza con un pedazo de madera, que no se diferencia de las ramas del arbusto. Todos estos animales no tienen mas que una maña, pero infalible, que es quedarse en la mas cabal inmovilidad para no ser vistos.

Otro insecto hay harto comun en todos los países cálidos, que pone en contribucion las preocupaciones de nuestra pobre especie humana, no solo para salvarse de la muerte, sino aun para atraerse respetos, hasta la adoracion. Hablo de la manta religiosa (*Mantis religiosa*, Latr.) Este singular animal tiene el cuerpo prolongado, la cabeza triangular y el tórax muy largo. Sus patas anteriores son muy notables por su forma, su magnitud y el modo extraño con que se sirve de ellas para coger los objetos. En estado de reposo, levanta verticalmente el insecto la parte anterior de su cuerpo, dobla de un modo tan singular sus patas delanteras, levantándolas y aproximándolas una á otra, que imita perfectamente á una persona arrodillada que junta las manos para implorar la proteccion divina, y á esta rareza debe su seguridad. Respétanla los devotos campesinos de la Provenza, porque creen que dirige una oracion á Dios, y siempre que una buena mujer encuentra alguna de ellas, la saluda con la señal de la cruz. Los musulmanes la acatan por la misma razon, y los hotentotes llevan la supersticion hasta el punto de idolatrarla. La manta religiosa escapa á las pesquisas de sus enemigos, favorecida por su color, que es de un verde de hoja.

El braquino-cohete (*Brachinus crepitans*, Latr.) gusta estar debajo de las piedras, en los parajes secos y cálidos de las cercanías de París. Es un lindo insectillo de cuatro ó cinco líneas de largo, de un vivo color leonado, con los estuches de azul verdoso. Tiene por enemigo al tigre de los coleópteros, que devora hasta los hijos de su propia especie. Miradle cómo le persigue para saciar su crueldad; luego le alcanzará, porque su tamaño y sus largas piernas le dan una inmensa ventaja sobre el lindo braquino. Desesperando este de poderse escapar con la fuga, se pára. ¿Qué va á hacer? Levanta la parte superior de su cuerpo y la dirige contra su enemigo como un artillero que apunta el cañon: en el instante en que el coleóptero va á cogerle con sus crue-

les mandíbulas, óyese una detonacion; un chorro de fuego y una nube de humo azulado escapándose por su parte posterior, envuelven al insecto asesino, lo aturden, y le obligan á retirarse á toda priesa; y gracias, si aquel pistoletazo tirado á quema ropa no le ha abrasado la cara. Si su ferocidad natural le vuelve á llevar al ataque, una segunda y hasta una décima detonacion le obligan siempre á retirarse. En Africa hay braquinos tan grandes que queman sensiblemente los dedos de los observadores que se apoderan de ellos.

Las gubias (*Sepia*, Cuv.), las pulpas (*Octopus*, Cuv.), y los calamares (*Loligo*, Cuv.), son unos moluscos voraces y crueles, muy comunes en nuestros costas, donde se recrean en las aguas poco profundas entre las rocas. Su cuerpo está encerrado en una especie de saco membranoso, de donde sale una gruesa cabeza redonda provista de dos grandes ojos, tan bien organizados como los de los mamíferos. Su boca está armada con dos fuertes quijadas de cuerno, semejantes al pico de un loro; está rodeada de mayor ó menor número de brazos carnosos, que á veces llegan á seis piés de longitud, capaces de doblarse en todo sentido, muy robustos, y armados en la superficie de chupadores ó ventosas, con las que se clavan con mucha fuerza al cuerpo que abrazan. Esos monstruos se valen tambien de ellas para nadar, con la cabeza abajo, y para coger su presa. ¡Desgraciado del nadador imprudente que se deja enredar en los pliegues de aquellos disformes brazos!

Todo ese formidable aparato no impide que los grandes peces voraces, y particularmente los perros de mar, los acometan y se apoderen de ellos, cuando pueden sorprenderlos; mas esto sucede rara vez, porque estos moluscos, tan luego como se ven amenazados, sueltan en la mar una gran cantidad de tinta de que tienen buena provision en cierta vejiga; y el agua se enturbia, y una densa y negra nube los oculta á la vista de su enemigo atónito. Con este licor se prepara aquella especie de hollin, denominado *septa* por los pintores á la aguada.

Las doradas ó corifenes (*Coryphæna hippurus*, Cuv.) son unos peces voraces y crueles que viajan en grandes cuadrillas por todos los mares trópicos ó templados, y dan caza incesante á los exocetos (*Exocetus*, Cuv.), menos fuertes y mucho menos grandes que ellos. Cuando uno de estos últimos se ve á punto de ser cogido, se arroja fuera del agua, y segun el refran vulgar, el miedo le da alas. Despliega sus largas nadaderas, vuela por los aires en este nuevo elemento; mas ¡ay! mientras se regocija de haber escapado al cruel peligro que le amenazaba, una paviota lo pillá al vuelo, ó secándose sus alas, no pueden sostenerle por mas tiempo, y cae en el pico de un albatros que se lo zampa.

Pero dejemos los instintos de destruccion; estudiemos los animales de costumbres mas suaves, y encontraremos hechos todavia mas singulares.

¡Ved cómo el ruiseñor, las curruacas y otras mil especies de aves, regularmente mudas, hacen resonar sus cantares amorosos, cuando llega la primavera á animar su corazon y sus afectos! ¡Mirad cómo se engalanan con magnificas ropas para celebrar su himeneo! Unos recaman su ligerísimo plumaje con los mas brillantes colores, otros se atavian con penachos, con largas gorgueras, con moños azules, blancos, rosados ó encarnados, y con otras mil joyas que se quitan despues de sus nupcias. ¿Quién reconoceria en aquella mariposa que brilla con los colores del oro, del nácar, de la púrpura, y con todos los tintes del arco-iris, una trepadora y velluda oruga que acaba de ponerse el vestido nupcial?

Los tritones, especie de lagartitos tan comunes en las aguas cálidas y cristalinas de nuestros charcos, se adornan, en la estacion de los amores, con los colores anaranjado, púrpureo, azul y un encarnado brillante. Ufano el macho con su nuevo traje, se presenta á la hembra con la cresta erguida, elegantemente colorada y franjeada, que empieza á despuntar en su cabeza, y se dilata á lo largo de su cuerpo hasta el extremo de la cola. Es entonces un animal elegante y gracioso; pero despojándose pronto de esos adornos pasajeros, vuelve á tomar su vestido deslustrado y pardusco que lleva en todas las demás épocas de su vida. Privado de aquella hermosa cresta que le ayudaba á sostenerse y dirigirse con gracia y primor por las aguas, tendrá que arrastrarse con pesadez por la balsa, y toda su persona tendrá ese aspecto estúpido y asqueroso que caracteriza la familia de las salamandras á que pertenece.

¡Mas hé aquí otro milagro muy diferente operado por el amor! Un rayo de su misteriosa antorcha penetró en el seno de la tierra, cayendo en una feísima larva de cuerpo pesado y rastrero, de piel escamosa, sucia y pardo-rojiza. Al momento aquel gusano informe y asqueroso se encierra en un capullo sedoso, en donde se desarrollan nuevos órganos; y por un portento inexplicable, que se renueva en todos los insectos, sufre una metamorfosis tan completa como admirable; y al salir de allí, presenta una forma nueva y elegante. En cada lado de su corselete lleva un carbunco amarillo, que de noche lanza penachos de vivísima luz. Ya se ha reconocido quizás el *coyuyu* de los salvajes de la América meridional, el topillo luminoso (*Elater noctilucus*, Latr.) de los naturalistas. Solo brilla de este modo para agradecer á su hembra y anunciarle su presencia; pero los indios saben utilizarlo para otros usos. Reuniendo varios de estos insectos en un botecito de vidrio blanco, se proporcionan luz bastante viva para poder leer de noche la letra mas chica. Las mujeres los conservan en vasijillas de vidrio, y se adornan con ellos el pelo en los paseos de la noche; los viajeros los pegan á su calzado para que los alumbrén en sus viajes nocturnos.

La hembra del lampiro, gusano de luz, (*Lampyrís noctiluca*, Latr.), presenta en nuestros climas el mismo fenómeno, pero en pequeño. Privada de alas y escondida en una mata, debajo de un zarzal, el macho que revolotea por los aires no podria reconocerla, si no le hiciese ella una seña de amor. La luciérnaga (*Lampyrís italica*, Latr.) mas feliz que nuestro gusano de luz, tiene alas, y en las hermosas noches de los climas templados, puede pasearse por los aires que centellean con su presencia. Pocos espectáculos hay tan divertidos como el de aquellos manojos de chispas que salen por todas partes cuando se sacude un zarzal donde se retiran las luciérnagas. Parecen centenares de pequeños meteoros, que unas veces se columpian en el cielo, ó se precipitan como exalaciones, otras se elevan describiendo una curva como un cohete volador, ó se escurren cerca de la superficie de la tierra, así como aquellos fuegos fatuos cuyas maravillosas historias nos refieren tan bien las Hesíodas nodrizas.

¿No habeis oido algunas veces, durante las calurosas noches de la primavera, turbar el silencio de vuestro aposento un leve ruido intermitente, que resuena á intervalos regulares como el péndulo de un reloj? Pues es una seña discreta de amor. El insectillo barrenador (*Anobium*, Latr.), que lo produce, habita en el maderaje de nuestras casas, y en estado de larva, roe las tablas, los muebles y los libros, que acribilla de agujeritos redondos, hasta que los ha reducido á polvo. Para llamar el macho á su hembra, golpea repetidas veces con sus patitas el maderaje en que se encuentra; la hembra le responde del mismo modo, y ambos no dejan de acercarse y de dar golpecitos hasta que se han juntado.

Pero si hay amantes discretos, vense otros cuya vanidad se recrea en el ruido y el alboroto. Entre los insectos, los hay que, para publicar su felicidad, se valen nada menos que del tambor. Tal es entre otros el grillo de los campos (*Grillus campestris*, Latr.) tan comun en los prados secos é inclinados al Mediodía, donde se excava su vivienda. El macho llama á la hembra, haciendo oír un son ruidoso y repetido, que produce frotando interiormente y con rapidez uno contra otro dos platillos que tiene en las alas. Cada platillo consiste en un agujero redondo rodeado de un círculo sólido, en el cual hay una membrana seca, que tiene viscosidad de talco, y está tendida como la piel de un tambor. Otros insectos saltones producen un ruido monótono frotando alternativamente sus muslos posteriores contra una parte seca y tendida de sus alas, del mismo modo que se pasea un arco por las cuerdas de un violin.

Veamos qué animal nos dará el mas tierno ejemplo de aquel amor que constituye el principal lazo de las sociedades humanas. ¿Será el palomo que, sin separarse de su hembra, no deja con todo de serle infiel algunas veces? ¿Será la tierna tortolilla de piés rosados, cuyo matrimonio no dura mas que un año, ó el camichí (*Palamedea cornuta*, Cuv.), que tiene en la cabeza un cuerno móvil, que hace retumbar los pantanos de la América meridional con los gritos de su voz atronadora, que nunca abandona su hembra, le es fiel toda la vida, y muere de pesadumbre si la pierde? No, ni los animales de brillante plumaje, ni los cubiertos de pelo lustroso, ni los vestidos de escamas simétricas, ni los dotados de gracia, elegancia, ligeras y primorosas formas, nos darán aquel dechado de ternura y virtud conyugal: solo en el... sapo veremos en su auge esta prenda peregrina.

Sí, ese reptil aborrecido de todos, asqueroso, que arrastra en el fango su amorado cuerpo, que no sabe saltar como la rana, ni andar como el lagarto, ni nadar como la salamandra: ese sapo, que da miedo y asco, es lo voy á presentar como dechado de los esposos.

Cuando la hembra está preñada, el sapo comadron (*Bufo obstetricans*, Cuv.), tan comun en las cercanías de París, la sigue por todas partes, la vela con la mas tierna solicitud, se expone á todos los peligros para preservarla de ellos, y hasta toma un aspecto amenazador con los animales grandes, á pesar de su impotencia, para que no fijen en ella su atencion. Le cede los insectos que coge cazando, le excava con afan una madriguera, ó le prepara una vivienda debajo de una piedra amparadora. Siempre en su agujero, si se presenta un enemigo, se coloca delante de ella para escudarla con su cuerpo; en fin, lo que no tiene ejemplo, la ayuda á parir los huevos muy voluminosos. Ni aun le permite su cariño que se encargue de los desvelos maternales, pues se ata los huevos en los muslos por medio de algunos hilos de materia glutinosa, y los lleva con mucha precaucion hasta que están prontos á nacer. Busca entonces alguna agua encharcada para depositarlos allí, á fin de que los hijuelos que nazcan se encuentren en el elemento que les es necesario en su primera edad; y vuelve en seguida al lado de su hembra para prodigarle sus solícitos cuidados.

(Se concluirá.)

## Exposicion universal de 1867.

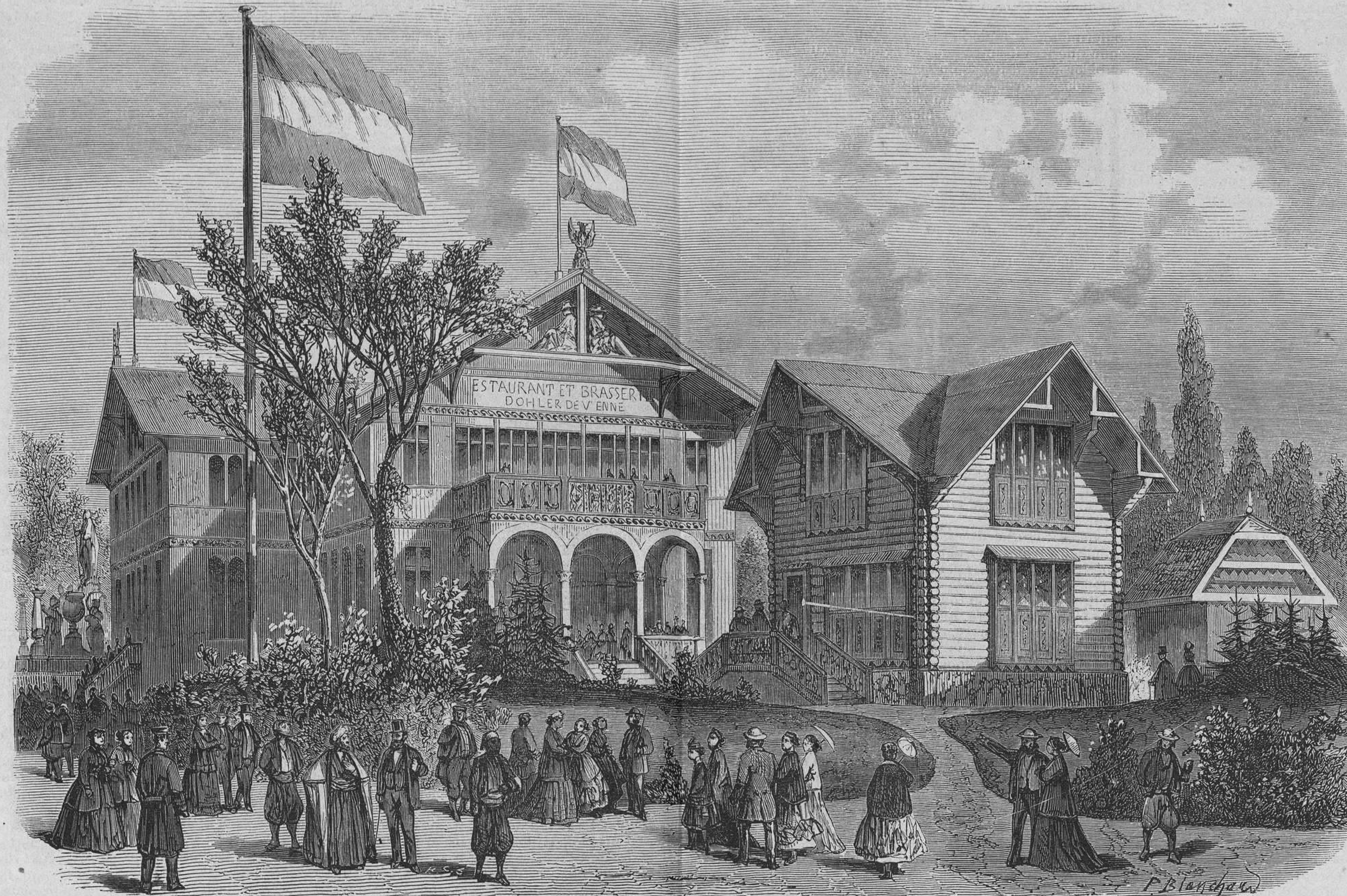
LAS CURIOSIDADES DEL PARQUE.

Nada mas interesante ni mas pintoresco que esa porcion del parque ocupada por la Rusia, la China, el Austria y el Egipto. En este número damos dos vistas de conjunto de estas dos últimas secciones. La primera de

ellas ofrece al visitante un cuadro completo de la Babel austriaca. En un espacio limitado, se encuentran en torno de una fonda modelo, agrupadas en semicírculo, las habitaciones de las diferentes naciones que componen el imperio. Sabido es que todas estas naciones difieren entre sí, en cuanto á origen, lenguaje, usos y costumbres. La reunion de estas civilizaciones diversas bajo tantos títulos, tiene un atractivo particular. En medio de la herradura hay una casa de la Alta Austria, junto á una casa de Bohemia; mas abajo de esta encontramos una muestra de arquitectura húngara, una *czada*, que forma pareja por la otra parte con una tábana modelo. Los dos cabos del hemiciclo están ocupados, á la derecha por una bonita construcción tirolesa, y á la iz-



Los chinos. — Yu Tsiang, mandarin de 3ª clase; Kao-a-Kin, su criado; Hin-a-Ton, su jardinero.



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867. — El establecimiento austriaco en el parque.



Las chinas. — A-Lei, A-Rhoc, jóvenes chinas; Kao, Woug-Si, su criada.

quiera por un pabelloncito destinado á una exposicion de tierras cocidas, que no dejará de llamar la atencion de los artistas ceramistas. Estas diversas construcciones han sido elevadas por los dibujos y bajo la direccion de M. Weber, á quien honran sobremana.

La segunda vista abraza los cuatro edificios que com-

prende el parque egipcio. Primero se ve el templo que recuerda los mas bellos monumentos del antiguo Egipto; luego el *selamlík*, una muestra del antiguo arte de los árabes, luego el *okel*, que representa el Egipto moderno, especie de parador donde se podrán estudiar los usos y costumbres, el Egipto de nuestros días; y final-

mente, las caballerizas destinadas á dar abrigo á los animales que envia el mismo pais. En cuanto á los animales domésticos, está muy bien; pero siento menos entusiasmo por las fieras que según dicen acaban de llegar al Campo de Marte con destino á la exposicion de Tenez. Esta vecindad turbará un poco la quietud de los paseos por el parque. Para concluir con nuestros dibujos, diremos dos palabras sobre los que representan habitantes de la China. Esas dos chinas han llegado directamente de Canton en compañía del mandarin Yu-Tsiang. Ambas á dos son pequeñas, delgadas, unas criaturas. Vienen á vender sedas de su pais, frutas, pantallas y abanicos. No saben una palabra de francés, y no han visto de este gran Paris mas que el interior del coche que las ha trasportado desde la estacion del ferro-carril hasta la fonda que habi-

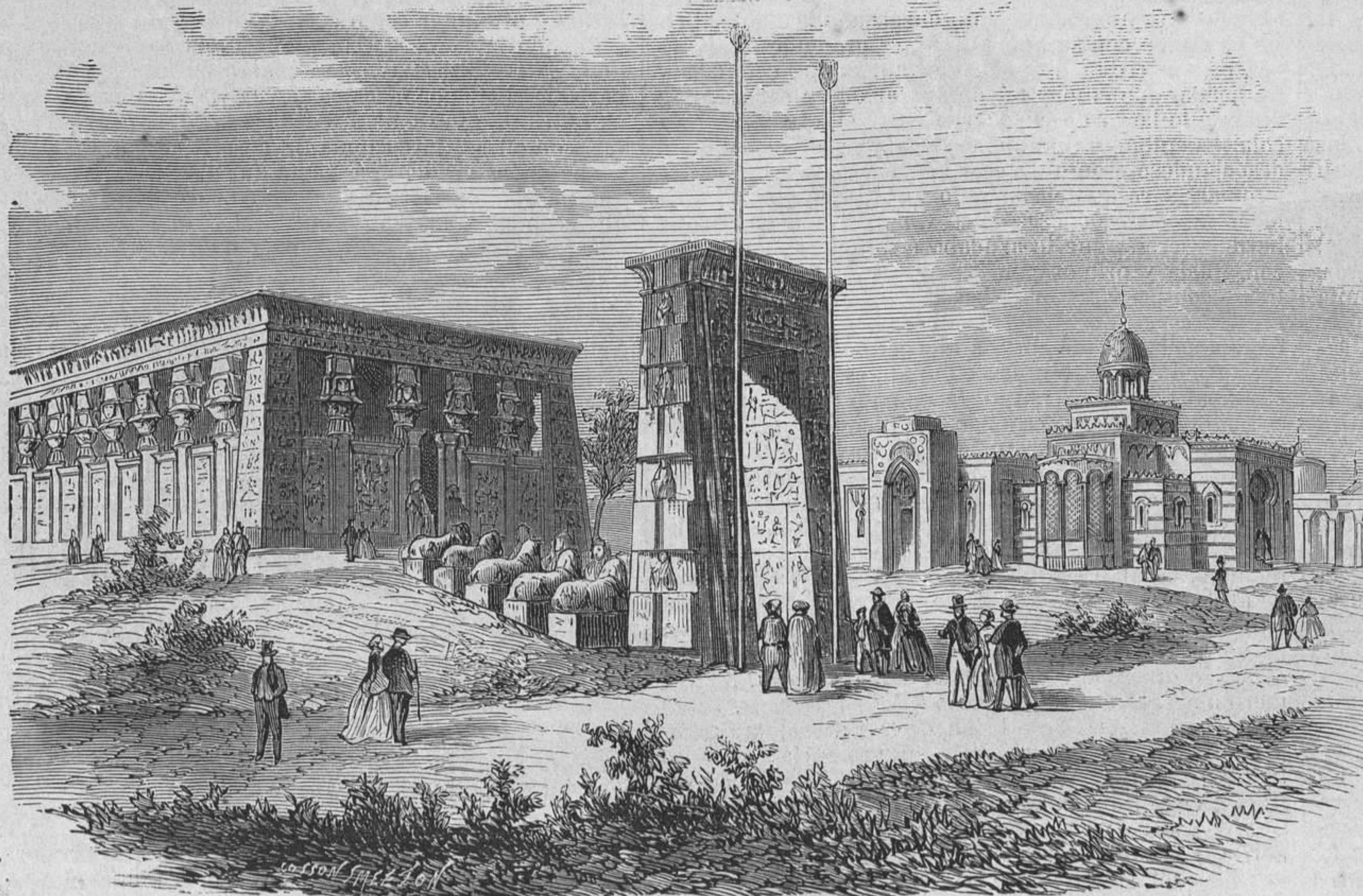
la comision imperial, tuvieron un instante la idea de adquirir terrenos á lo largo del Campo de Marte para elevar construcciones destinadas á recibir el sobrante de los productos americanos.

Luego renunciaron á este proyecto contentándose con el espacio concedido, que á la verdad es bastante grande, aunque los objetos que van á exponer en él sean de mucho bulto. Con efecto, la Union americana no brillará en el Campo de Marte ni por sus objetos de arte ni por sus artículos de lujo; pero no sin fundamento llamará la atencion con los productos de su industria minera y de su industria agricola, de que se enorgullece á justo título. Allí tendremos que admirar sus poderosas máquinas de Nueva York, sus coches de Nueva Jersey; y las notables muestras de sus pinares del Missisipi. Hasta se asegura que en los objetos

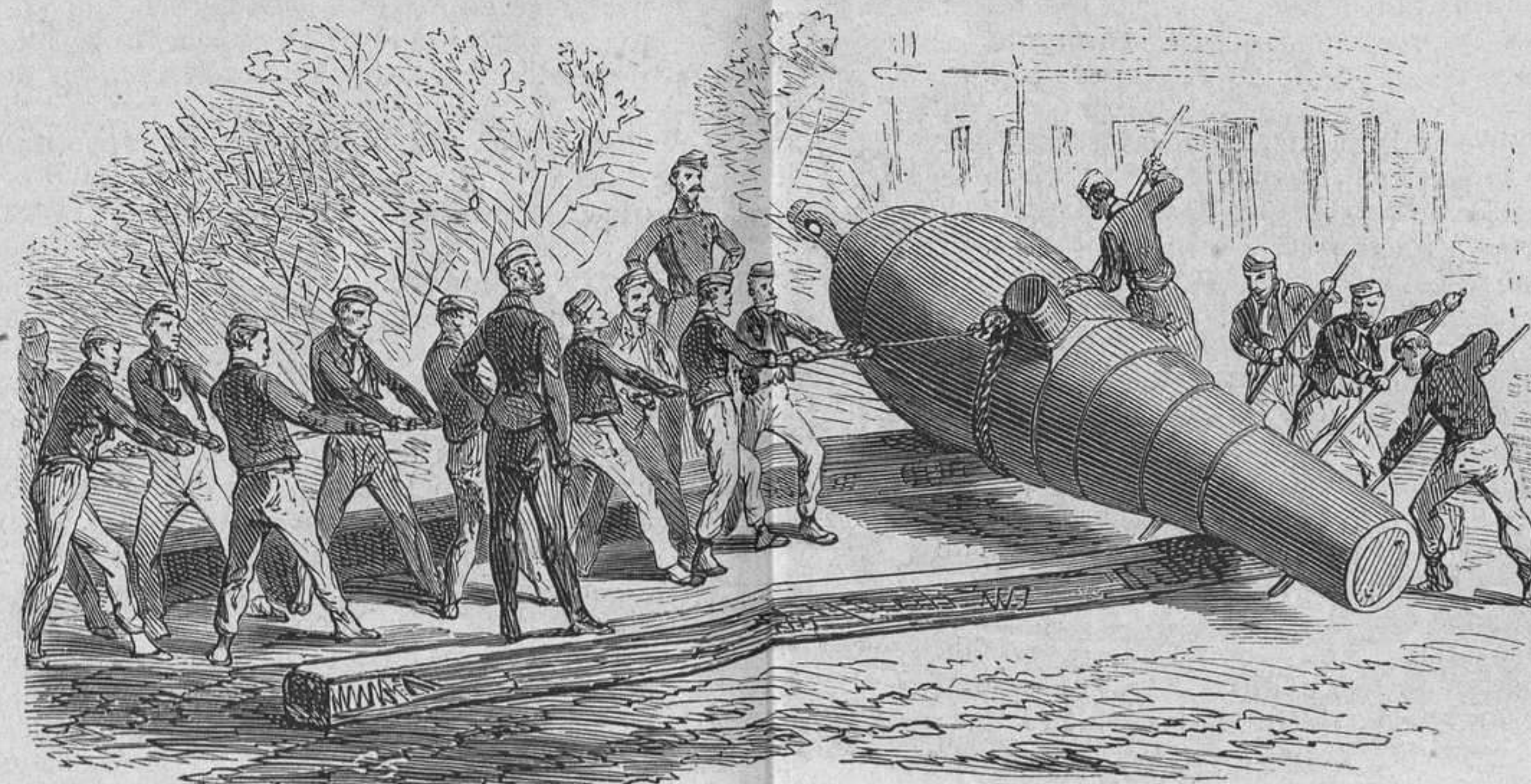
que expone debe figurar el famoso wagon que sirvió al general Sherman durante la guerra, y que ha recorrido con él 4,160 millas.

Los Estados Unidos exponen igualmente en el parque, con todos sus accesorios, una escuela modelo curiosisima, para dar una idea de la enseñanza [primaria

en su pais. Despues habrá una muestra de campamento militar que contendrá el material completo de un ejército en campaña. Deciamos antes que faltará en esta seccion de la Exposicion el aspecto pintoresco, y no es enteramente exacto. Nos habiamos olvidado de la dele-gacion de los naturales de la América del Norte. Una



Barrio egipcio. — Templo; palacio del virey.



Llegada de un cañon inglés.



El parador egipcio

partida de indios bastante numerosa, hombres, mujeres y niños, desembarcará uno de estos días en el Campo de Marte, con armas y bagajes, y levantará sus wigwams en el parque. Aviso a los aficionados á las novelas de Fenimore Cooper.

Esta exhibición tendrá su pareja en la sección inglesa, donde encontraremos vaciadas sobre el natural y pintadas de colores naturales, unas veinte cabezas de los indígenas de Victoria en la Australia. Esto no será agradable á la vista, pero quizá será tan curioso como el queso de Yungersall que nos promete, ese famoso queso del Canadá que pesa 7,000 libras, y en cuya composición han entrado 35 toneladas de leche.

Pero tratemos de cosas más serias. La exposición inglesa tendrá en el Campo de Marte toda la importancia que tiene en el mundo esta nación eminentemente mercantil. Londres, Birmingham, Sheffield, Leeds, Manchester, todas las ciudades manufactureras y comerciales estarán bien representadas.

No es ocasión de citar en este artículo los innumerables productos que han atravesado la Mancha; esto vendrá á su tiempo; pero desde luego vamos á señalar sus buques de guerra reducidos á un cuarto de pulgada sobre un pié. Estos modelos, contruidos en los arsenales de Chatham, son obras maestras de ejecución, sobre todo los de los buques acorazados.

El gobierno francés ha puesto á la disposición del almirantazgo inglés un espacio de terreno considerable para esta interesante exposición. También merece particular mención el capítulo de los instrumentos de guerra. La colección será completa. Jamás el hombre habrá reunido en un mismo lugar, al lado de los monumentos más irrecusables de su cordura, más numerosos y elocuentes testimonios de su incurable locura. Estos últimos días llegaba aun para figurar en este arsenal, un cañon enorme, que se ve representado en uno de nuestros dibujos. Al ver esta masa tan difícil de manejar se pregunta uno si el inventor no se ha hecho ilusiones acerca de la utilidad de su invención.

La Prusia envía igualmente un cañon monstruo, y en cuanto á la Francia, excusado es decir que no se quedará atrás en esta exhibición de armas extraordinarias. Para no citar más ejemplo, diremos que se verán los nuevos cañones de la artillería naval que ha sufrido modificaciones de una índole apropiada para batir con ventaja los buques blindados.

Las piezas montadas al efecto en algunas naves de la escuadra francesa son de hierro, reforzadas hasta delante de los muñones con machos de acero, siendo los muñones parte de estos machos.

Los proyectiles para estas nuevas máquinas de destrucción son de dos clases: unos huecos que llevan en su interior una carga considerable de pólvora y se arrojan con espoleta de percusión, y otros sólidos de acero, destinados á destrozar el blindaje más fuerte. La forma de estos últimos es cilíndrica ú ogivo-cilíndrica, según, que se emplean en cortas ó en largas distancias. Tanto los unos como los otros proyectiles, tienen tetones de zinc ó bronce que se introducen en las rayas del cañon. Los saquitos de los cartuchos se hacen de papel pergamino, y los tacos que separan la pólvora del proyectil, de algas marinas.

Los cañones son de 16, 19, 24 y 27 centímetros: los primeros pesan 3,000 kilos; los segundos 8,000; los terceros 14,000, y los últimos 22,000.

El peso de los proyectiles varía desde 95 kilos hasta el de 440, siendo el alcance medio el de 1,000 metros, á cuya distancia se destruye con facilidad una coraza de 15 centímetros de espesor.

Para tan enormes cañones ha sido necesario apropiarse las condiciones del cureñaje, en el que se han introducido las mejoras convenientes, á fin de que la resistencia esté en relación con la fuerza explosiva é impulsiva del cañon, y el manejo de las piezas sea posible y no ofrezca peligros á los cimientos.

Se calcula que un cañon de 24, con su montaje, pesa 20 toneladas, y que con 20 hombres hay suficiente para manejarle en un combate, y disparar un tiro cada diez minutos.

Pero detengámonos aquí. El palacio de la Exposición con su bello parque será un lugar encantado donde se sucederán las fiestas durante cinco meses. C. P.

## La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

— Mandadme, señora, y os obedeceré aunque sea sin pagarme.

— ¡Eso nunca! Toma cuanto dinero llevamos, vete á nuestra quinta de la Isabela que se halla á poca distancia de aquí; di que vengan á socorrernos, y luego con ese anillo puedes ir á Madrid ó á mi castillo de Pinares y pide cuanto dinero te plazca. Si cuando estemos en nuestra casa quieres presentarte á nosotros, la recompensa, unida á nuestra gratitud, será doble.

— Veremos; por de pronto necesito que la señora condesa se finja muerta, para dar tiempo á que vengan

en vuestro socorro, pues si otro bandido entra y la ve, fracasa nuestro plan; y además tengo que entregar este puñal ensangrentado como prueba de su muerte.

— Eso es más difícil de ejecutar.

— No lo creais; para ello me servirá perfectamente el cuerpo de este falderillo.

Al decir esto, Tragabalas hundió dos veces el puñal en el indefenso galguito inglés, que Rafael llevaba casi siempre y que los había seguido á la cueva.

El animal exhaló un gemido y espiró, salvando con la suya la vida de su joven ama.

— ¡Pobre Alí! murmuraron los dos esposos.

El bandido salió, dejando el aposento á oscuras, y á los nobles marqueses entregados á una consoladora esperanza.

— ¿Está ya? le preguntó Flora, que aun permanecía en la puerta de la cueva, mirando al campo con suma inquietud.

— Este puñal teñido en sangre os lo dirá; dijo Tragabalas mostrándole á la claridad de la luz que llevaba en la mano.

— ¡Oh, dadme, dadme!...

Flora lo cogió con una satánica expresión de viva alegría, y echó á correr en seguimiento de dos personas que había visto poco antes ocultarse entre unos matorrales.

El bandido, arrojando la tea, se lanzó á escape por una estrecha vereda que debía conducirle á la quinta de la Isabela.

La lluvia había cesado; pero era completamente de noche y la oscuridad, cada vez más densa, impidió á los salteadores ver un coche que se detuvo á cien pasos de la colina, y un destacamento de la guardia civil, que precedido de cuatro caballeros, subieron con sigilo á la cueva, diseminándose algunos guardias por la senda del monte.

## XXXIV.

### CASTIGO.

Las dos figuras que despertaron vivamente las sospechas de Flora, fueron Ataulfo y la Corneja, que acababa de llegar en aquel momento.

Al reconocer á su vieja cómplice, la suspicaz y maligna dama tuvo un instante de alegría.

— ¡Ya está aquí el dinero! murmuró.

Empero su asombro y su indignación subió de punto al ver que la Corneja preguntó por Ataulfo, y sin acordarse de ella para nada, se internaron los dos en lo más espeso del monte, hablando con mucho sigilo.

Recibió con alegría la noticia de la muerte de la condesa y el ensangrentado puñal que la entregó Tragabalas, y se lanzó como un rayo en seguimiento de aquellos, juzgándolos mal, según sus propios instintos.

— ¡Oh, esa infame vieja me vende!... y Ataulfo también, para repartirse entre los dos el dinero que hayan recogido de mis joyas y mis palacios, y escaparán después, dejando á los bandidos sin pagar, para que ceben en mí su furibundo coraje.

Embebida en estas ideas, siguió hasta unos matorrales. Sintiendo el murmullo de dos personas que hablaban en voz baja, se detuvo.

Reconoció el gangoso y nasal acento de la Corneja, y solo pudo entender estas palabras:

— Ella ha traído un cofrecito con brillantes que valen un tesoro; hagámosle que le suelte si quiere ser condesa.

— Ya lo soy sin necesidad de saciar tu sórdida avaricia; exclamó Flora, presentándose á ellos.

— ¡Hola! ¿Cómo se entiende? ¿pues y Honorata?

— Acaba de morir: este puñal teñido en su sangre lo atestigüa.

— Dádmele.

El bandido se apoderó del puñal.

— ¿Y quién ha dado la orden de su muerte? preguntó.

— Yo misma.

— ¿Y el asesino quién fué?

— Tragabalas.

— ¿Le habreis recompensado espléndidamente?

— Todos mis brillantes han pasado á su poder.

— ¿Y á nosotros, con qué nos pagareis?

— Con el dinero que habrá traído la Corneja.

— ¿Y contais solamente con eso?

— En este momento sí; cuando posea la herencia de mis antepasados será otra cosa.

— ¿Y cuándo pensais conseguir ese sueño de ambición que abrigásteis toda vuestra vida? la preguntó Ataulfo con mucha calma, y acariciando con imperturbable sangre fría el mango de su puñal.

— En seguida que me presente en Madrid y se divulgue la muerte de la condesa; soy su parienta más cercana, y por consecuencia su única y universal heredera.

— ¿Pero no recordais que tambien habeis poseído sin derecho alguno el principado de Florini, y que el legítimo heredero piensa castigar vuestra osadía y los muchos crímenes que habeis cometido?

— Tengo medios para comprar su silencio.

— ¿A ver si pensais de igual modo cuando leais esta carta? la dijo la Corneja presentándosela.

— La oscuridad no me permite hacerlo.

— Yo encenderé luz, repuso Ataulfo, buscando en sus bolsillos un cabo de esperma y encendiéndole.

Flora, extrañando la forzada calma con que el ban-

dido la hablaba y su irónica sonrisa, fijó en él la vista y palideció al contemplar la expresión satánica de su fisonomía.

Conforme fué leyendo la carta del conde y la de Carlos, que nuestros lectores han visto en el capítulo XXVII, un temblor convulsivo agitó sus miembros, y mucho más cuando la Corneja le dijo con voz seca y gutural:

— Y por apéndice á esas noticias, debo manifestaros, ilustre señora, que vuestros bienes, palacios y alhajas están embargados, y vos perseguida por la justicia y acusada de toda clase de crímenes; así pues, presentaos en Madrid á recoger la herencia de vuestros padres, y hallareis el cadalso que teneis bien merecido.

— ¡Vieja infame, mejor le mereces tú!... gritó con una voz enronquecida por el coraje.

— Y bien, magnánima princesa, repuso Ataulfo con burla; dignaos pagar á vuestros servidores; ya sabeis la causa de que la Corneja no haya traído para nosotros ni un solo céntimo.

— No puedo, los únicos brillantes que tenía los he dado á Tragabalas.

— ¿Y pensais que vale decir no puedo? ¿Así se conduce á veinte hombres hasta cometer un crimen, teniéndolos diez días entre selvas y matorrales, exponiendo su libertad y su vida para no remunerar debidamente tales sacrificios?...

— ¡Yo los recompensaré!... balbuceó medio ahogada por el miedo y la ira.

— Con la ingratitud y los insultos, ¿no es verdad?

— Como ha hecho ahora mismo conmigo llamándome vieja infame, añadió la Corneja.

— Justamente.

— ¿Y qué quereis de mí? por hoy nada puedo, mañana quizá...

— Mañana ireis al cadalso, es el único camino que se os presenta abierto, y nos delatareis á todos por haber sido vuestros cómplices, y para que este caso no llegue, vais á morir á mis manos.

La actitud y el resuelto tono del bandido, amedrentaron de tal modo á Flora, que sin ser dueña de contenerse, quiso echar á correr.

El fuerte brazo de Ataulfo la detuvo.

— ¿Dónde va la gran señora, dónde la falsa princesa, la mujer de un asesino, de un ladrón?... ¿Dónde quereis ir, magnánima baronesa, si desde hoy vuestros lujosos trenes, vuestra magnífica carroza os aguarda en lo alto de la horca?

Ataulfo reía á carcajadas.

Todo el orgullo de la despótica, de la ambiciosa Flora, se sublevó en un momento. La indignación y la rabia, al oír tales insultos, la ahogaron de tal modo, que olvidando su crítica situación, se dejó llevar de un impulso impensado y se arrojó sobre la Corneja.

El bandido la cortó la acción deteniéndola por un brazo, y al propio tiempo la hundió tres veces en el pecho un agudo puñal.

La dama cayó, exhalando un grito.

En aquel momento, sintióse á lo lejos un silbido penetrante, tal vez era una señal de alarma, pues Ataulfo y la Corneja abandonaron á Flora, dirigiéndose con precipitación hácia la cueva del Zorro.

— Esa señal es de Tragabalas, dijo Ataulfo, y debemos estar en peligro cuando nos avisa.

Efectivamente, era de él; al irse hácia la quinta de la Isabela á demandar socorro en nombre de la marquesa, no quiso hacer traición á sus compañeros, y dió el aviso de alarma para que se salvaran; al obrar así, ignoraba que ya el conde con una partida de valientes guardias civiles, tenía rodeada la cueva y cogidos en la red á todos los bandidos, sin que hubiera podido escapar ni uno solo.

Faltaba únicamente el jefe, cuando se presentó seguido de la Corneja.

— ¡Ya está aquí! gritaron varios.

— ¡Sois nuestro prisionero, entregaos!... dijeron apoderándose de él, á pesar de sus esfuerzos, cuatro guardias.

— ¡Nunca! gritó Ataulfo luchando con ellos, y pretendiendo defenderse con el puñal con que acababa de herir á Flora, y que aun ensangrentado, conservaba en la mano.

Empero sus gigantescas fuerzas doblegaronse ante las duplicadas del gran número de sus perseguidores, y no tuvo más remedio que entregarse, desahogando su rabia en denuestos é imprecaciones contra la infame Flora, á quien acusaba de su perdición y la de sus compañeros.

La Corneja siguió la misma suerte que ellos, fué presa también, sin que la sirvieran sus lamentos ni el deseo de sincerarse, queriendo probar que había ido al monte con objeto de salvar á los señores.

Quizá la marquesa hubiérase compadecido de sus lágrimas y sus lamentos; mas no la oyeron ni presenciaron la prision de Ataulfo.

El primer cuidado del conde al encontrarlos en aquella infecta cueva, fué trasladar á Honorata y á la marquesa á uno de los carruajes; Rafael, don Constantino y Arturo quedaron acompañándolas, en tanto que el generoso italiano, seguido de su fiel Ruderico, terminaban su obra, no dejando en libertad ni á uno solo de los bandidos.

La noche continuaba oscura y lluviosa, alumbrando aquel cuadro de desolación el cálido resplandor de algunas teas que tenían encendidas, aunque medio ocultas y en escaso número, porque la oscuridad había sido hasta entonces muy conveniente.

Rafael, que con sus amigos estaban al pié del carruaje que ocupaban las damas, vieron hácia el camino

de la quinta un resplandor rojizo, sintiendo el ruido de muchos hombres á caballo que llegaban á escape.

— Ya tenemos aquí á todos los criados de la quinta que acuden á nuestro socorro, dijo Rafael.

— Luego Tragabalas ha cumplido su palabra, añadió la marquesa.

— Ciertamente, señora; dijo el mismo Tragabalas, que se había adelantado y escuchó las últimas palabras.

— Eres todo un hombre; repuso Rafael.

— Nuestra recompensa será cumplida, añadió Honorata.

— ¡Y nuestra gratitud eterna! exclamó la marquesa.

— ¡Adios, nobles señores!... mil gracias por todo.

— ¿Te marchas?

— Veo que la guardia civil os defiende, y me largo por no caer en sus garras.

— Nada temas; quédate y síguenos á la quinta, en ninguna parte estarás mas seguro.

En aquel momento descendió de lo alto de la montaña toda la comitiva.

— ¡Aquí hay otro bandido! dijo un guardia civil reparando en el trabuco y en la mala facha de Tragabalas.

Iban á apoderarse de él, cuando la marquesa extendiendo el brazo, exclamó con tono solemne:

— ¡Ese hombre está bajo mi protección!

— Sí, sí, dejadle, es un criado nuestro, añadió Rafael empujándole para que se confundiese con los criados y no lo delatasen los otros bandidos.

Media hora despues, todo había desaparecido.

Eran las doce de la noche y solo se oían en la sierra los agoreros chillidos de las aves nocturnas, y de vez en cuando un quejido lastimero que salía de entre unos matorrales en lo alto de la montaña.

Era Flora que comenzaba á expiar sus crímenes.

## EPILOGO.

### I.

#### DOBLE ENLACE.

Cinco ó seis meses habrían trascurrido desde la fatal escena de la sierra de Altomira, cuando en una hermosa y perfumada noche del mes de mayo se celebraba una espléndida fiesta en el palacio de Florini.

Desde que entró á poseerle su legítimo dueño todo había cambiado en aquella magnífica morada, centro antes de la maldad y la intriga. En el decorado, las pinturas, los muebles, hasta en el orden de los aposentos hubo notable variación.

Ya no habitaba Edelmira el modesto saloncito contiguo al jardín, sino la parte principal del edificio, cuyos balcones caían á la calle de Alcalá.

El conde ocupó el salon y los gabinetes que habitaba Flora, y Arturo los que sirvieron á Pereival.

El piso bajo había sido destinado para la familia de don Constantino, que segun la expresa voluntad del conde y los ruegos de Arturo, convino en no separarse de su joven y querido discípulo.

Como todo lo que Flora poseía lo adquirió con las rentas del principado, recayó naturalmente en el legítimo heredero, por lo cual tambien el palacio de Pereival era suyo, habiéndole decorado con régia magnificencia, y con el objeto de vivir en él tan luego como se verificase su enlace.

Ya saben mis lectores que en la noche á que nos referimos se celebraba una fiesta, ó mas bien una elegante recepción, á la cual acudió todo lo mas selecto de la escogida sociedad madrileña.

Verificábanse los desposorios de las dos encantadoras hijas de Leticia, que se unían por fin á sus jóvenes amantes.

Bianca, daba su mano á don Constantino Lopez, y Emelina, la poética Flor del Espino, tuvo la buena suerte de enlazarse con Arturo, el joven príncipe de Florini.

Para solemnizar dignamente tan fausto acontecimiento, y deseando que brillase por todos conceptos el talento de Emelina, improvisaron un lindo teatro, donde se representaba el drama que la joven mandó á uno de los teatros de la corte, durante la corta temporada que habitaron en la guardillita de la calle de Hortaleza.

La empresa, viendo que no le autorizaba un nombre conocido, ni aun se ocuparon de mirarle, hasta que Arturo le recogió con objeto de que se ejecutase en su palacio la noche á que nos referimos.

Lo propio sucedió con infinitas poesías que mandó á periódicos, y que sin embargo de ser muy bellas fueron desdeñadas, publicándose únicamente con extraordinario elogio cuando se supo eran debidas á la pluma de la linda prometida del príncipe de Florini.

En los espaciosos salones del palacio, profusamente iluminados, se agrupaba una multitud inmensa, y por doquiera resonaban los bravos, las palmadas y las mas entusiastas felicitaciones dirigidas á la modesta poetisa.

Lucían las dos hermanas riquísimos trajes de moaré blanco y encajes, distinguiéndose únicamente en los adornos, pues el de Emelina era de gruesos brillantes, y mucho mas sencillo y de menos valor el de su hermana, como distinto era el rango que iban á ocupar en la sociedad,

Leticia manifestaba su alegría en la cariñosa expresión de su rostro y en la dulce mirada que no podía apartar de sus queridas hijas, á las que contemplaba felices y satisfechas despues de tantos años de privaciones y amarguras.

La marquesa del Rio, doña Aurora y el conde de Cinkar formaban un grupo cerca de un balcon; desde allí veían circular á los jóvenes esposos, y celebraban su dicha con la espontánea y sincera ternura de sus corazones.

— ¡Cuán dichoso es mi Constantino! exclamó doña Aurora.

— Nada mas natural; respondió la anciana marquesa; acaba de unirse á su linda prima, á la que adora con delirio y para él no hay otra felicidad mayor.

— ¡Oh, sí! bien puede decir que desde el primer dia que la vió la ama, y ha deseado con ansia vencer todos los obstáculos que se oponían á su enlace.

— ¿Y qué decís de mi Arturo? añadió el conde.

— Tambien merece la dicha que disfruta; porque su amor por Emelina es mas antiguo que el de Constantino por Bianca; dijo doña Aurora.

— Tenía rubor al confesarme ese afecto purísimo, creyendo que mi orgullo llegaría al punto de oponerme á un matrimonio que colma la ventura de ambos; no es extraño, apenas me conocía, y he tenido que adivinar su oculto dolor para aplicar prontamente el remedio.

— Su pasión debía ser inmensa; repuso doña Aurora; muchas veces le he sorprendido en su solitario estudio, con lágrimas en los ojos, y besando enajenado el retrato de ella.

— ¡Ay, ojalá que el mal de Edelmira tuviera igual remedio!... exclamó el italiano suspirando.

— Desgraciadamente ha fijado su amor en un hombre indigno de ella, que nunca podrá ser su esposo, dijo la del Rio.

— ¡Si no fuera hijo de tal madre!

— Y que segun hemos visto hasta hoy, posee las mismas inclinaciones y la propia malignidad de corazón.

— Unido á los mas depravados y bajos instintos.

— ¿Y continúa en la cárcel?

— Hoy ha salido por fin, respondió el conde; bastante trabajo nos ha costado convencerle, y sobre todo hacer que devuelva su dinero á la Colasa.

— ¿Pero lo ha entregado por fin?

— Nos dió parte de ello; he completado la suma de mi bolsillo, con lo cual he podido conseguir que la preñera le perdona.

— Segun me dijo Arturo pensais mandarle á Ultramar.

— Sí, va formando parte del ejército que marcha de guarnición á aquellas islas.

— ¿Y se ha prestado gustoso á la partida?

— No tiene otro remedio, en España verá siempre marcada su frente con el baldon suyo y el de su madre, ó mejor dicho, de sus padres. En América será conocido por otro nombre, y si varía de inclinaciones conseguirá hacerse un buen lugar en su regimiento.

— ¡Dios lo quiera! es muy joven y quizá se enmiende.

— ¿De Flora nada se sabe?

— Segun declaración de uno de los bandidos, la asesinaron en la sierra de Altomira; pero no se ha encontrado su cadáver, solo un gran charco de sangre en el sitio de la catástrofe.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando se acercó Edelmira.

— ¿Cómo te sientes, hija mia? la preguntó el conde.

— Bastante bien.

— Ciertamente, tus mejillas están muy animadas, ¿has bailado?

— Sí, y mucho, aquí tienes una señal, me han roto todo el vestido y voy á ponerme otro.

— Vuelve pronto, porque continuará el baile.

— Por ahora no; van á dar principio al tercer acto del drama, y por esa razon se suspende; discúlpame si me buscan.

— ¿Has mandado avisar á tu doncella? si no yo te acompañaré.

— Mirala en aquella puerta esperándome, no hay necesidad de que te molestes; adios, papá; hasta luego, señoras.

Edelmira se despidió con un gracioso saludo y fué á reunirse con Lisa.

La traviesa doncella averiguó inmediatamente la suerte de su querida señorita, y se presentó á ella, siendo recibida con mucho gusto.

Tambien doña Crispina fué á implorar la compasión de Edelmira, que rogó á su padre la admitiese de ama de llaves, cargo que empezó á desempeñar con placer, en compañía de doña Tecla.

Quando la ocurrencia de la quinta del Jarama, Flora sin consideración á los servicios que habían prestado en la casa la solterona y Lisa, y sin acordarse de pagarlas sus salarios, las despidió, y hubiéranlo pasado muy mal las infelices, sin la generosidad de la angelical Edelmira, que olvidó todos sus resentimientos pasados, para dar lugar á la indulgencia y á la compasión.

Tambien el jardinero y Dorotea obtuvieron su protección, mejorando mucho en consideraciones y en el salario, que les fué aumentado.

A semejanza de su padre, tendió una mano protectora á cuantos la habían servido.

El conde hizo á Ruderico mayordomo mayor, y á su padre Zacarías Mariani, administrador de los Estados de Italia.

Tampoco se olvidó del vigilante nocturno, Perico Bar-

rigon, al que se veía luciendo su abultado abdomen y envuelto en su rica librea. Habíanle concedido el destino de portero mayor.

Al atravesar Edelmira y Lisa uno de los aposentos, vieron á las dos amas de llaves, elegantemente vestidas y sobrecargadas de lazos y adornos.

Se levantaron inmediatamente con ánimo de ponerse á las órdenes de su joven ama; esta con un signo las mandó permanecer quietas y continuó su camino.

— ¡Es un ángel nuestra querida señorita! dijo doña Tecla.

— ¡Ciertamente! añadió la solterona; ¡cuánto siento no haberla conocido antes! pero mi arrepentimiento conseguirá su perdón.

## II.

### DESPELIDA.

Quando las dos jóvenes entraron en el saloncito que precedía al gabinete de Edelmira, exclamó esta dejándose caer con desaliento en una butaca.

— ¿Pero es cierto lo que me has dicho, Lisa? ¿Tiene Carlos el atrevimiento de insistir en esa quimera?

— Aquí teneis el billete que acaba de entregarme Dorotea.

— Dame, dame. No quisiera pensar en ese hombre que tan indignamente me ha engañado, y sin embargo, aun á mi pesar, siento un resto de compasión por él.

Con mano trémula y alterado rostro, abrió el billete y leyó lo siguiente:

« Edelmira: Mañana al amanecer salgo para mi destino en Ultramar; nuestra separación es eterna y deseo darte el último adios.

» Te espero en el jardín, y si no me concedes esta gracia, en igual de partir, mañana encontrarán mi cadáver al pie de tus ventanas.

» CARLOS. »

— ¡Oh, y es muy capaz de cumplir su amenaza! exclamó Edelmira levantándose. Hagamos el último sacrificio, y que vaya en paz.

— ¿Os decidís á verle, señorita? preguntó Lisa.

— Sí; acompañame, y no te separes de mí.

Edelmira entró en su gabinete, y despues de tomar un objeto bajó al jardín.

Estaba magníficamente iluminado con multitud de caprichosas luces colocadas en los árboles, y otros variados y bellos adornos. Empero hallábase desierto por estar los convidados entretenidos con la representación del tercer acto del bellissimo drama de Emelina.

Esta casualidad favoreció á Carlos, que desde el anochecer aguardaba escondido detrás de la casita del jardín y en sitio á propósito por su oscuridad para no ser descubierto.

Quando llegó Edelmira, le encontró apoyado en el tronco de un árbol.

Su palidez era extremada, parecía un cadáver.

En el tiempo que permaneció en la cárcel, había sufrido su hermosa y arrogante figura una transformación completa; mas no su corazón ni sus instintos, que conservaban su perversa malignidad.

La luz de la luna daba de lleno en su rostro.

Sombrio y caviloso, no advirtió la presencia de Edelmira, hasta que esta, contemplándole admirada, exclamó:

— ¡Carlos, qué cambiado estás!...

— ¡Edelmira! ¿eres tú?

Apoderándose de una de sus manos, se arrojó á sus plantas con fingida emoción.

La triste niña, retirándola suavemente, se sentó en un banco y le señaló un sitio á su lado.

— ¡Ah! no; quiero y debo permanecer de rodillas, hasta merecer tu perdón.

— Mi perdón y el completo olvido de lo pasado, lo tienes hace mucho tiempo.

— ¡Pero he perdido tu amor!...

— Seré una hermana para tí

— ¿Y crees que basta un cariño fraternal para calmar el fuego en que me abraso, para adormecer la inmensa pasión que me enajena, conduciéndome al sepulcro paso á paso?

(Se continuará.)

## Sucesos de Creta.

LOS CUATRO COMANDANTES DEL « PANHELLENION »  
Y DEL « ARCADION. »

Atenas 15 de marzo de 1867.

Todo el mundo tiene los ojos fijos en los dos buques el *Panhellenion* y el *Arcadion*, que parecen estarse burlando de la marina turca. Hé aquí pues, como asunto de actualidad, los retratos y algunas notas biográficas sobre los valerosos capitanes que gobiernan por turno estos dos vapores. Los comandantes son cinco, y pueden tenerse por exactos los siguientes pormenores relativos á los cuatro primeros.

## ANGHELIKAROS.

Oriundo de la isla de Psara, y compatriota del ilustre almirante Kanaris, Anghelikaros es capitán de la marina mercante y propietario de dos buques.

Cuando se hubo establecido en Syra la Sociedad de navegación griega, confió el cuidado de su propio buque á otro y entró en la sociedad, donde obtuvo un mando.

Durante la insurrección cretense, dirigió á su vez tres expediciones del buque el *Panhellenion*. El fué quien mandaba en el último viaje y quien, mediante una astucia de guerra, jugó aquella mala pasada á los buques

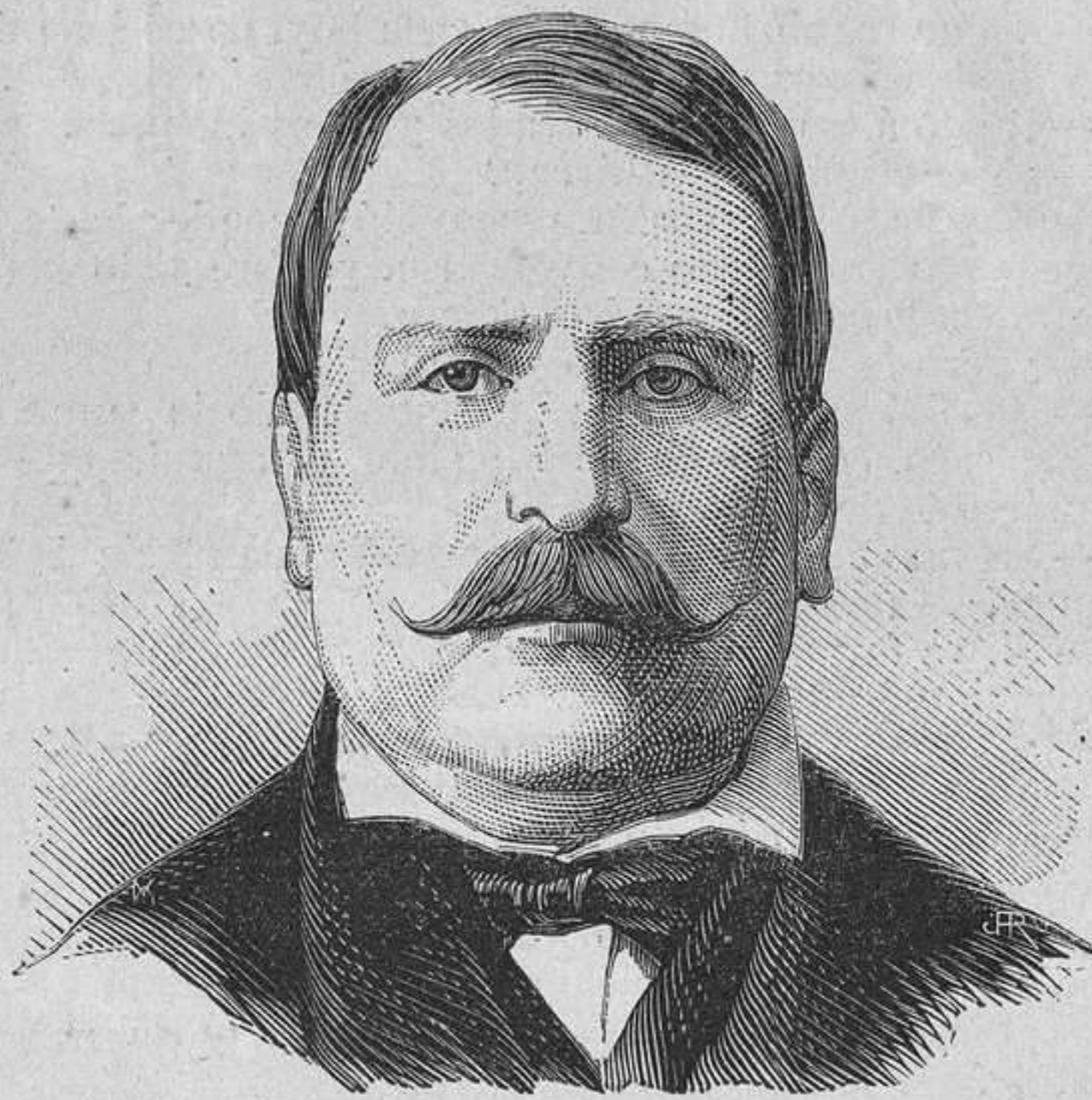


Anghelikaros.



ORLOFF.

Este oficial, nacido en Spetzie, ha sido también capitán de buque mercante; aunque es muy joven todavía, durante la insurrección de Nauplia (1862), el joven Orloff, que como todos los patriotas en esta época, quería la caída de la dinastía de los Wildesbach del trono griego, secundado por unos veinte marinos, penetró en Nauplia por mar, en una pequeña embarcación, y ocu-



Codjas.

turcos que le guardaban á vista en el puerto de Cerigo. Tan feliz expedición valió á este intrépido marino una ovación pública en Syra, y una demostración de simpatía por parte de los oficiales extranjeros de los apostaderos navales del Pireo.

El capitán Anghelikaros ha sido llamado al mando del buque *Arcadion*, que ha hecho ya su primer viaje á Creta.

Este buque, después de haber desembarcado voluntarios, armas y marinos cerca de Spachia, se divirtió en dar la vuelta á toda la isla y embarcó unas ciento cincuenta familias. El capitán Anghelikaros, que tiene unos cuarenta y ocho años, es seguramente un marino de los más intrépidos, y al mismo tiempo un hombre de recursos.

pó una posición muy peligrosa, durante la defensa de esta plaza por los insurrectos.

Su conducta le valió bajo el gobierno provisional la graduación de alférez de navío en la marina real. Este bizarro oficial solicitó el honor de mandar á su vez una expedición del *Panhellenion*; mas no fué afortunado en su primer viaje: engañado por falsas noticias, se volvió á Syra sin haber hecho nada. Sin embargo, en las expediciones siguientes se desquitó, y es seguro que cuando le toque el turno de salir á la mar á bordo del *Arcadion*, se hablará de él.

## SACHTURIS.

Sachturis pertenece á una familia de Hydra que du-



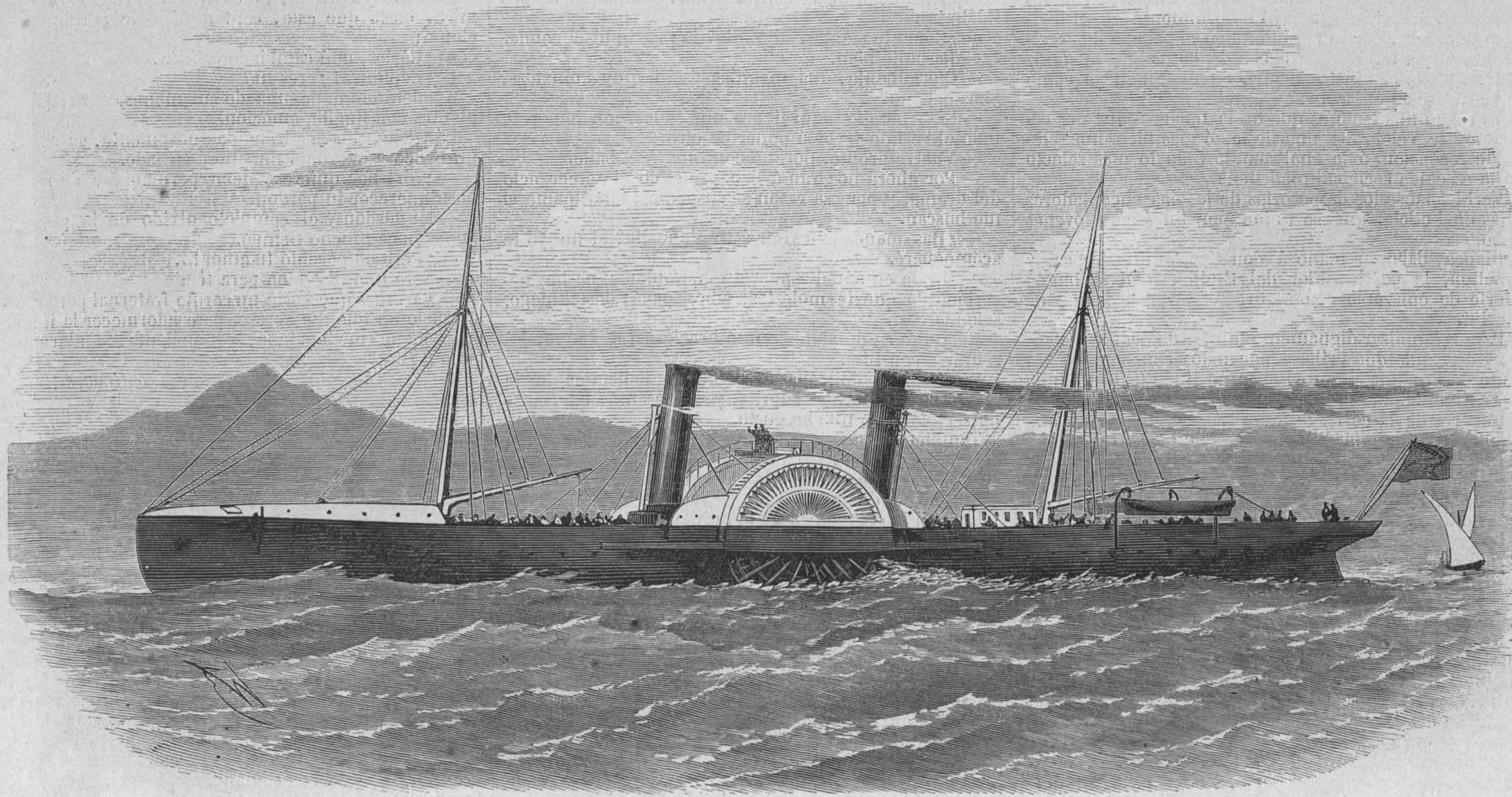
Sachturis.

rante la guerra de la independencia helénica dió muchos marinos distinguidos á la armada nacional. De edad de cincuenta años, es alférez de navío y ha hecho su educación en Francia.

De carácter un tanto reservado, ha sabido probar por su habilidad cuando mandó dos expediciones del *Panhellenion* á la Creta, que es un verdadero descendiente de la familia Sachturis, cuyo nombre figura en la misma línea que los de Tombojes, Maoulis, Kanaris y tantos otros.

## CODJAS.

Codjas es un oficial de la marina real helénica, natural de la isla de Hydra, y perteneciente también á una fa-

El *Arcadion*, vapor al servicio de la insurrección cretense.

milia que ha dado marinos muy distinguidos á la flota nacional.

En situacion de reemplazo, como otros muchos, obtuvo un mando en la Sociedad de navegacion helénica, y este intrépido marino fué el primero que emprendió á bordo del *Panhellenion* un atrevido viaje á Candia, adonde trasladó desde el principio voluntarios y médicos al servicio de la insurreccion, así como tambien los medicamentos que enviaban á los insurrectos los boticarios de Atenas.

Codjas es de todos los capitanes del *Panhellenion*, el que ha hecho mas viajes. Por turno le tocó tambien el mando del *Arcadion* en la segunda expedicion que hizo este buque.

M.

**Explosion**

DE UNA DEPENDENCIA DEL POLVORIN DEL PAUSILIPO.

Nápoles  
2 de marzo.

Las adjuntas fotografías dan idea de los destrozos producidos por la horro-



TEATRO DEL GIMNASIO. — *Las Ideas de la señora Aubray*, acto III, escena última. (Véase la *Revista de Paris* del número anterior.)

rosa explosion de una dependencia del polvorin del Pausilipo. La emocion ha sido muy profunda en Nápoles, y con fundamento, pues si hubiese saltado entero el polvorin del Pausilipo, la explosion habria hecho de Nápoles una nueva Pompeya.

Los periódicos han dicho que el autor de tan terrible catástrofe es un oficial del ejército del gobierno caído, agregado al establecimiento para hacer cartuchos; y no tenemos necesidad de manifestar aquí cuán grande ha sido el sentimiento de indignacion general que ha merecido el autor de este acto abominable.

Inmediatamente, despues del desastre levanté mi plano. He visto el sitio en donde se hallaba la casa que encerraba la pólvora robada por el oficial, y no queda de ella el menor vestigio. Tambien he visto la iglesia de Santa Bárbara, que se halla casi enteramente destruida. Al lado hay una torre, al ángulo del polvorin, que por milagro ha quedado intacta.

Debo una mencion particular al parque del palacio Delahante, magnífica propiedad, la mas hermosa del



Aspecto del Pausilipo despues de la explosion de la dependencia del polvorin, el 22 de febrero.



Pausilipo. Toda la fuerza de proyeccion de la explosion se hizo sentir por el lado del parque de este palacio. Los restos de las casas que saltaron cubrieron una parte del parque, y ni señales quedan de un bonito bosquecillo que se admiraba antes de la explosion. Esta magnífica residencia, antigua propiedad del príncipe Luis de Borbon, que la vendió al propietario actual, está devastada casi por todas partes. Espejos magníficos de un dedo de grueso, se han hecho añicos. Esta desgracia tan terrible como inesperada, dejará en la mente de la poblacion un recuerdo imperecedero. A. B

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Las exageraciones y los caprichos de la moda. — Los salones oficiales. — Prendidos y disfraces. — Un traje de moaré y de raso. — El cuerpo bayadera. — Aplicacion de este cuerpo á los vestidos. — Los disfraces. — Los trajes cortos. — Dos modelos dignos de mencionarse. — Las confecciones y los sombreros. — Descripcion del figurin de este número, que representa las primeras novedades de la temporada.

Preciso es convenir en que la moda exagerada tiene pocas admiradoras; pero en cambio interesa mucho estudiar los caprichos que introducen en el vestir las señoras del gran mundo.

Los salones oficiales presentaban recientemente el bello espectáculo del movimiento ascensional que ensancha sin cesar las libertades conquistadas por el capricho.

Acabamos de ver, en los últimos grandes bailes de la quincena, un crecido número de prendidos encantadores y de disfraces muy notables, que han salido á luz con motivo de la media cuaresma.

Reunamos nuestros recuerdos:

Hemos visto un traje de moaré blanco y raso. La falda iba guarnecida con un alto volante de raso blanco perlado y grupo de reseda que sostenia los dos lados de una ligera túnica.

El cuerpo era una obra maestra de buen gusto. Constaba de dos partes: la de abajo de raso, y la otra de tul plegado cortado por sesgos de raso blanco puestos en abanico; la parte accidentada que separa el cuerpo de raso de su puerta montante, está guarnecida de perlas.

El delantero del cuerpo forma chaleco con borde accidentado. La espalda va guarnecida con un cinturón de raso plegado que coge bajo los brazos y se extiende en largas puntas que se cruzan libremente por detrás. El cinturón, cuya extremidad cortada al sesgo es muy ancha, va rodeado de perlas blancas.

El mismo traje se ha ejecutado también en raso azul con volante de Inglaterra por abajo. La guarnicion de flores era blanca y rosada.

Señalamos particularmente á la atencion de nuestras amables lectoras un cuerpo bayadera, cortado de un modo muy original.

Esta novedad conviene particularmente á las telas ligeras, y sin embargo, puede aplicarse igualmente al tafetan y al fular.

En este cuerpo, cada lado del delantero está recogido en muchos pliegues, y se halla en un solo patron bajando de largas puntas, siempre formando pliegues, casi hasta media falda.

Los delanteros, segun el capricho individual, se cruzan como las puntas de un fichu blanco, ó continuando el corte de un Figaro, se separan en semi-círculo, redondeado graciosamente para no detenerse hasta la mitad de la falda.

Esta última es doble, y á cada lado se encuentra recogida por el extremo de los delanteros del cuerpo, á los que se añade un grueso lazo de tafetan con puntas flotantes.

La espalda de este mismo cuerpo remata por abajo en una faldeta plegada en abanico y de un largo de 15 centímetros ó poco mas.

Otra clase de cuerpo, con el mismo corte y disposicion por delante, tiene por detrás, á contar del hombro, una continuacion de draperia siguiendo las piezas de los costados de la espalda, á la distancia de un adorno-tirante.

Esta draperia cae en dos puntas cruzadas sobre lo alto de la falda. Estas puntas, contando desde el talle, tienen 20 centímetros de largo. En el cruzado hay un lazo de cinta.

Si terminan en forma cuadrada, se añade una franja al extremo de cada una de ellas: y si terminan en punta, llevan borlas de perlas ó lazo de terciopelo.

Hé ahí una clase de cuerpo que será muy imitado y que apenas ha hecho su aparicion en los salones.

No hay para qué añadir que este modelo va abierto por delante en forma de corazon.

Para telas un poco mas fuertes, como tafetan ó otra sederia, se puede usar también este mismo corte, pero sin pliegues-draperias.

Estos últimos pueden simularse con sesgos, entredos de encaje, etc., y hasta se dejan los delanteros lisos, terminando únicamente con el lazo de cinta, que puede reemplazarse también con un lazo de encaje.

Sobre esta digresion vamos á continuar nuestra descripcion de vestidos.

Dos de ellos tenian el corte de que acabamos de hablar.

El uno era de tafetan verde, guarnecido sobre los delanteros, cortados para permanecer sin pliegues, por entredos de encaje Chantilly que los reemplazaban.

La doble falda estaba recogida á los lados como hemos indicado. Un lazo de encaje de Chantilly motivaba, en el bajo de los delanteros, cada *retroussis* de esta segunda falda.

En el bajo de la primera, encaje negro cosido llano y sembrado de medias lunas compuestas de sesgos de tafetan verde. Por detrás, la espalda se termina en una pequeña punta y se guarnece con un volante de encaje de Chantilly, montado de manera que se disminuya de altura sobre los lados.

El otro traje es gris y color habana, claro ó grosella, á voluntad.

Los delanteros están en dos partes, es decir, que hay pequeños costados grises y una especie de chaleco gris de tafetan.

La draperia es de color habana ó grosella, y parte del hombro para bajar de un solo patron sobre los lados de una falda gris.

La sub-falda es habana claro ó grosella.

A cada lado el paño sostenido, recogido por el extremo de la draperia, está abullonado de arriba abajo. Una porcion de cocas de terciopelo de largas puntas termina la draperia. Un rizado habana ó grosella oculta las costuras de los paños de cada lado de aquel que está abullonado.

Volvamos á los bailes para llamar la atencion sobre los disfraces de las últimas máscaras.

Se han visto muchos trajes griegos de raso de diversos colores. El que se ha hecho para la baronesa de M... era de raso amarillo recortado sobre falda azul, con faja de cachemira que estrecha el vestido por el talle, una gorrita de franja acompañaba á los lujosos caprichos del tocado.

También señalaremos un hermoso traje del siglo XVI compuesto de una falda de brocado bordado de oro y perlas blancas. La túnica que le cubre es de terciopelo rubí forrado de raso verde. Una diadema de pedreria sostenia un velo muy largo caido por detrás.

Disfraces copiados de la *Africana* se han visto muchos.

Dícese que los trajes cortos se llevarán mas que nunca esta primavera y este verano. Sobre estas novedades nuestras indicaciones serán breves en esta revista.

Se hacen ya vestidos de cachemira pensamiento guarnecidos de pasamanería; y también de terciopelo felpilla del mismo color, falda y paletó guarnecidos con un grueso rulé de raso azul.

Hé aquí dos modelos de trajes cortos que debemos mencionar particularmente.

El primero, que apenas llega al tobillo, se compone de dos faldas y un paletó. La primera falda es de tafetan violeta, guarnecida de sesgos respunteados, puestos en *traviesas*, á poca distancia una de otra. La segunda falda, de faye negra, es mas corta por el delantero. La parte opuesta se detiene en forma cuadrada por cada lado, pasando por debajo y descendiendo mas abajo. Un grueso lazo de raso negro figura á cada lado sobre el montante redondo. Es una pequeña franja perlada que guarnece el delantero de la falda reunido á la otra parte por medio de una pasamanería. El borde de esta se halla guarnecido con sesgos respunteados y una pequeña guipure.

Acompaña á este traje un paletó derecho adornado con sesgos respunteados sobre el contorno, que suben por en medio de la espalda y dan la vuelta al escote. Las mangas estrechas van guarnecidas del mismo modo; una franja perlada termina el adorno.

El otro traje de faye negro está hecho así: primera falda guarnecida con un volante fruncido; segunda falda recogida, abierta y redondeada á cada lado con lazo de raso á la derecha y á la izquierda. Guarnicion compuesta de una trenza raso y faye, y al borde franja perlada.

El paletó que completa el traje está guarnecido con la misma trenza y la franja ya indicadas.

Los sombreros no salen de sus proporciones diminutas; no se dice que se harán mas grandes, pero se forman proyectos para el verano.

Por el pronto se ven muchos de tul negro bordados de azabache; el adorno se coloca sobre el lado. Generalmente se adopta una flor punzó.

Este es el modelo mas en boga.

Hé aquí ahora la descripcion del figurin que acompaña á este número y que representa las primeras novedades de la temporada.

El primer traje se compone de un vestido de tafetan amarillo con falda de cola. Sobretudo negro de faye formando chal por detrás; mangas justas con adorno de cinta caido sobre el lado.

Doble volante de encaje de Chantilly.

Cuello y mangas bordados.

Sombrero de tul blanco, con cintas de atar blancas; flores azules.

El segundo traje ofrece un vestido de tafetan sin cola, y de dos faldas. La primera, de color malva, está adornada de terciopelo negro y de clavos de azabache. La otra es de tafetan gris y tiene solapas figuradas que suben hasta el cuerpo con guarnicion de terciopelo negro. Franja y terciopelo mas ancho sobre el contorno del bajo de la falda gris, mas corta que la otra.

Mangas justas guarnecidas de terciopelo y de azabache; guarnicion del delantero de azabache. El bajo de cada falda es accidentado.

M. P.

### Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

Esta noticia fué recibida en general con la mayor sorpresa y sentimiento.

—¿Qué significa esto, hijo mio? preguntó Catalina con voz turbada; ¿habeis abandonado el caballeresco espectáculo que esperabais con tanto placer? Yo creia que dariais á conocer vuestra habilidad como justador.

—¡Voto á sanes! señora, la careta y el baile es cosa mas divertida que una escaramuza, y no es por cierto la liza el mejor teatro para mis proezas. Los torneos son fatales para mi raza, y recordando la desgraciada suerte de mi padre, quiero evitar una lanzada para el porvenir.

—¡Ah, me han vendido! murmuró Catalina, pero el traidor no escapará de mi venganza...

—Al palacio de Nevers, amigo mio, dijo Enrique volviéndose hácia Crichton, y arrestad al príncipe de Mantua. No intervengais en mis amores, añadió en voz baja, y nada os negaré.

—Señor, contestó Crichton, solo tengo que pedir la vida de Blount.

—Su vida os pertenece, repuso el rey.

—¿Vuestra Majestad no querrá separar al fiel perro de su dueño? continuó el escocés.

—Como gustéis, dijo suspirando el monarca; no puedo negaros esta gracia.

Arrodillóse entonces Crichton, y despues de besar la mano al rey, partió á cumplir su encargo.

A los pocos momentos comenzaron á dispersarse las damas y caballeros, y cuando los dos monarcas abandonaron la liza, oyéronse ruidosos gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los reyes!

—¿Habeis oido, Rosni? dijo el Bearnés; eso es de buen agüero.

Al fin no quedaron mas que tres hombres en la arena.

—¡Maldicion! gritó uno de ellos, ese escocés se me va á escapar, y daría mi alma al diablo por hallarme en su camino.

Aquel hombre era Caravajia.

—El pacto está concluido, exclamó su compañero, que era el estudiante de la Sorbona. ¡Ahí viene!

En efecto, Crichton acababa de salir de su tienda, embozado en una capa española, y seguido de Blount, que llevaba á Druida en sus brazos.

Ambos se dirigieron hácia el Louvre.

—¡A él! gritó Caravajia desenvainando su puñal. ¡A muerte!

XXIX.

VICENTE DE GONZAGA.

Vamos á trasladarnos por un rato al palacio de Nevers, adonde ha sido llevado el príncipe de Mantua despues del combate.

Era ya muy tarde cuando Gonzaga despertó de un profundo sueño debido á las poderosas opiatas administradas por un hábil profesor en el arte de curar.

Pasándose la mano por la frente, tocó la venda que rodeaba su cabeza, y entonces recordó de pronto los sucesos de la mañana y su derrota.

Antes que nadie pudiera impedirlo, lanzóse repentinamente del lecho, y sin atender á los ruegos del médico, agitó una campanilla de plata.

En el mismo instante presentóse un criado con librea negra.

—Mi armadura, Andreini, dijo el príncipe andando á derecha é izquierda con inciertos pasos y los ojos brillantes por la fiebre: mi corselete y mi casco de Milan. Quiero volver á las justas antes que concluyan. ¡Ah! *maledizione!* ¿Por qué no se me obedece? ¡mi armadura, digo, y una copa de vino!

—¡Alteza! exclamó el servidor mirando ansiosamente al médico.

—Vuestra Excelencia tiene necesidad de reposo, dijo el hombre de la ciencia, y os ruego que volvais al lecho. La herida no os permitirá sostener el peso de la armadura.

—Mi herida, ¡ja, ja! gritó Gonzaga con una amarga sonrisa; no necesito que la recordeis, pues la siento como la señal de Cain sobre mi frente: me abraza el cerebro y convierte en fuego mi sangre. ¡Oh! ¿por qué no habrá sido mi golpe mas seguro? ¿por qué permite el cielo que viva para verme deshonrado? ¡Maldicion sobre mi débil brazo, que no ha podido secundar la energia de mi corazon!

Aniquilado por la violencia de sus emociones y por los dolores que le causaba su herida, el príncipe se dejó caer sobre un divan.

— Altea, murmuró Andreini acercándose á su señor.  
 — ¡Atrás! gritó Gonzaga volviendo la punta de su espada contra el pecho; ¡atrás! y déjame morir... sin venganza.  
 — No será así, dijo Andreini en voz baja.  
 — ¡Ah! gritó el príncipe poniéndose en pie, ¿me vengarás tú acaso?  
 — ¿He faltado alguna vez á V. A.? preguntó Andreini con tono de reprensión.  
 — Hasta aquí me ha bastado mi mano para vengarme, repuso el príncipe con amargura; pero ahora me falta, y solo confío en tí. Si quieres grangearte mi amistad y mi favor, no dejes vivir al que me venció, para que pueda vanagloriarse de su victoria.  
 — ¡Por san Longino! morirá antes de media noche, repuso Andreini; pero V. A. tiene ya en su poder un medio de venganza. La veneciana se halla en la cámara contigua.  
 — ¡Cómo! gritó el príncipe, ¿se halla aquí, y no me lo has dicho antes? ¡Traidor! bastaba que me lo anunciases para calmar mis dolores y la fiebre que me devora. Tráemela... arrástrala aquí.  
 — Duerme, monseñor, repuso el criado, en cuyos labios se dibujó una extraña sonrisa; duerme aniquilada por la fatiga y el terror...  
 — Andreini, dijo severamente el príncipe, en esa negra insinuación reconozco al mal consejero contra el cual me habló mi padre. Eso sería una cosa abominable.  
 — ¡Monseñor!  
 — No importa. ¿Quién está en esa cámara?  
 — Cintio, Alteza.  
 — Hazle subir, y tráeme una copa de Chipre.  
 En tanto que Andreini iba á cumplir la orden de su señor, Gonzaga, vestido con un magnífico traje de brocado, comenzó á pasear por la habitación, dirigiendo ardientes miradas hácia la puerta. La perspectiva de su venganza le daba nuevas fuerzas, y sus pasos no eran ya inseguros.  
 Sus ojos despedían fuego, y su semblante, antes livido, habíase tornado rojo.  
 A los pocos momentos apareció Andreini con una copa de vino en sus manos.  
 Cogióla el príncipe y la llevó á sus labios.  
 — Suplico á V. E. que no beba ese vino, gritó el médico, pues de lo contrario no respondo de vuestra vida.  
 El príncipe, por toda respuesta, apuró la copa y se la devolvió á Andreini diciéndole:  
 — Quédate tú aquí. ¿Está la jóven sola?  
 — Sola, y poseída de un sueño muy pesado, replicó Andreini. Tomad, añadió con una mirada significativa; la he quitado su puñal, y la abeja no tiene ya aguijón.  
 — Príncipe, exclamó el médico arrojándose á los pies de Gonzaga, conozco vuestro designio, y he visto á la desgraciada á quien quereis deshonrar. He oído sus quejas desesperadas: ella no os ama.  
 — ¡Atrás! gritó Gonzaga.  
 — ¡Por piedad! no cometáis esa acción desleal, continuó el médico. Esa jóven duerme ahora con pesadez. Una amarga sonrisa contrajo los labios del príncipe.  
 — No tiene la defensa de las lágrimas, ni de los gritos, añadió el médico.  
 — Ni tampoco la del acero, dijo Andreini con una espantosa sonrisa, y empujando al médico.  
 — ¡Virgen santa! exclamó el doctor cayendo de hinojos.  
 — Espera mi vuelta en esta cámara, dijo el príncipe á su criado, y cuida que este hombre no salga de aquí.  
 — Inclínose Andreini, y despues de salir el príncipe, sacó su espada, sentóse con abandono en un sillón, y comenzó á tararear un delicioso madrigal del divino Taso.  
 De repente, un agudo grito partió de la cámara vecina.  
 Andreini colocó un dedo sobre sus labios para imponer silencio.  
 — ¡Madre de Dios, protegédla! exclamó el médico tapándose los oídos.  
 Durante algunos segundos Andreini escuchó atentamente, pero como no volviese á oír nada, continuó su interrumpida canción.  
 Despues un golpe dado en la puerta le interrumpió de nuevo, y una voz que reconoció por la de Rugieri, solicitó el permiso de entrar.  
 — ¡Diávolo! exclamó; ¡el viejo astrólogo aquí! su pacto con Satan no habrá concluido aun, puesto que ha escapado de la hoguera. Venís á buena hora, añadió en voz alta abriendo la puerta, y os felicito por vuestra buena suerte.  
 Rugieri sin atender á estas palabras, miró con ansiedad en derredor de la cámara.  
 — ¿No está aquí el príncipe? preguntó.  
 — Ya ves que no, repuso Andreini con indiferencia.  
 — Conducíeme entonces á su presencia, se trata de una cuestión de vida ó muerte.  
 — Aunque fuera para salvar tu alma de las garras de Lucifer, será necesario que aguardes su vuelta, replicó Andreini sin conmoverse. Las órdenes de S. A. son terminantes.  
 — ¿Y no te sería posible infringirlas?  
 — De ningún modo.  
 — ¿Ni por este diamante? preguntó Rugieri enseñando un anillo.  
 — ¡Magnífica alhaja! y á fe que estaria bien en mi dedo; pero no es posible complacerte, repuso Andreini.  
 — ¿Y por qué, amigo mio?  
 — ¿Por qué?... pero escuchad, ¿no oís un grito?  
 — ¡Un grito de mujer?  
 — Sí.

— ¿En la cámara contigua?  
 — Sí.  
 — ¿Y el príncipe?  
 — Está ahí.  
 — ¡Dime el nombre de la víctima, demonio! ¿Es posible!  
 — Sois curioso, amigo mio.  
 — Este anillo es tuyo; su nombre.  
 — No lo sé; os diré su profesion si quereis.  
 — ¡Habla pues!  
 — Es la cantatriz veneciana.  
 — ¡Muerte!... ¡deshonra!... gritó el astrólogo desesperado, ¿por qué ocultarme eso? yo hubiera podido socorrerla.  
 — ¿Vos?  
 — ¡Yo... su padre!  
 — Llegais tarde, repuso con ironía Andreini.  
 — No para vengarla, gritó Rugieri con voz terrible.  
 Y así diciendo, arrancó la espada al criado y se precipitó fuera de la cámara.

XXX.

GINEBRA.

Guiados por los gritos de la infortunada Ginebra, Rugieri descubrió bien pronto la cámara donde estaba encerrada, y se precipitó hácia ella, poseído de la mas violenta desesperación.  
 Pero la puerta se hallaba cerrada por dentro, y los violentos esfuerzos del astrólogo fueron inútiles para abrirla.  
 Conociendo por el ruido que querian socorrerla, Ginebra redobló sus gritos de angustia, mas como ningun socorro llegaba, su voz fué debilitándose hasta que ya no se oyeron sino lamentos y gemidos inarticulados.  
 La tortura de aquellos horribles minutos llevó á su colmo la furiosa locura del astrólogo. Mesábase los cabellos, se desgarraba el pecho, y acaso hubiera atentado contra su propia vida, á no contenerle el deseo de la venganza.  
 — ¡Hija mia, hija mia! gritaba con el acento de la desesperación, estoy cerca de tí, vengo á socorrerte; yo te vengaré. ¡Ah! la imprudente mano de tu padre te arrebató el talismán que debía escudar tu virtud. ¡Mil rayos! los tormentos del infierno serian dulces, comparados con la agonía que sufro en este instante. ¡Chii! ¿qué ruido es ese? continuó, escuchando con atención; esa caída pesada, ese silencio mortal, mas horrible aun que sus gemidos de terror. ¡Oh, la habrá asesinado! ¡Espíritus de las tinieblas! fortaleced mi brazo, para que pueda destruir á ese monstruo cuando salga.  
 En aquel momento oyéronse pasos en el corredor; volvióse Rugieri, y vió á Crichton seguido de Blount. El primero lanzó una exclamación de alegría al ver al astrólogo.  
 — ¡Por san Andrés! exclamó, soy afortunado; y creeré en tus prácticas diabólicas si logras escaparte de mis manos segunda vez. Vamos, miserable, prepárate á seguirme al Louvre.  
 — Estoy dispuesto á obedeceros, señor, y os seguiré aunque sea al mismo cadalso, con tal que me ayudeis á libertar á esa pobre jóven, por la cual expusisteis en otra ocasión vuestra vida.  
 — ¡Ginebra! gritó Crichton estremeciéndose; ¿qué has hecho de ella, miserable? ¡La has perdido! ¿Dónde está el príncipe?  
 — En esa cámara.  
 — ¡Sígueme.  
 — La puerta está sólidamente cerrada, y no he podido abrirla.  
 — ¡Ah!  
 — Cada minuto que pasa es para mí mas horrible; ¡socorredla!  
 Crichton no necesitaba que se lo dijeran dos veces: miró á su alrededor y no vió en la galería sino algunas magníficas esculturas. Cogiendo entonces una estatua de su pedestal, lanzóla sin vacilar contra la puerta, que se abrió con un estrépito semejante al trueno.  
 Lo primero que vió el escocés al precipitarse en la cámara, fué el cuerpo de Ginebra, que yacía en tierra privada de conocimiento. Sus hermosas trenzas negras flotaban en desórden sobre su pálido rostro, y sus manos se hallaban cerradas convulsivamente como si estuviera en la agonía.  
 En el otro extremo de la cámara hallábase sentado el vil autor de aquel crimen, con la vista extraviada, y como agobiado por el remordimiento.  
 Despertado de su estupor con el ruido de la puerta, levantóse enfurecido y se puso á la defensiva; pero al ver el airado semblante del escocés, abandonóle la resolución, y bajando la punta de su espada, retrocedió vacilando.  
 — ¡Príncipe! gritó Crichton con voz terrible; cuando esta mañana os perdoné la vida, que me pertenecía, creí concedérsela á un valiente y leal caballero; pero si hubiera conocido los negros designios de vuestra alma, si os hubiese creído capaz de la villanía que acabais de cometer, mi daga habria desembarazado á la noble casa de Gonzaga de un hombre, cuyo nombre infame manchará para siempre su escudo.  
 — Yo me encargaré del castigo, gritó Rugieri lanzándose sobre el príncipe con el furor de un tigre; el nombre del traidor Gonzaga no deshonrará mas el escudo de la casa ducal de Mantua.

— ¡Atrás, anciano! gritó el príncipe; no quiero que tu sangre caiga sobre mi cabeza.  
 Pero no era cosa tan fácil contener al astrólogo, pues atacó con tal vigor, que el príncipe tuvo que recurrir á toda su destreza para rechazar á Rugieri.  
 Despues de algunos pasos violentos, la espada de Rugieri saltó á diez pasos de distancia, quedando á la merced de su adversario, que iba á herirle, cuando Crichton paró el golpe mortal.  
 — Entregad vuestra espada, príncipe, gritó el escocés; sois mi prisionero, y os arresto en nombre del rey.  
 — Y yo en nombre del rey y del infierno os desafío, replicó el príncipe sonriendo con desprecio. No os apoderareis de mi persona sino despues de haberme herido en el corazon. Vuestra llegada es ¡pardiez! muy oportuna, pues he jurado quitaros la existencia y robaros la mujer á quien amais, y aun no he cumplido mi juramento sino á medias.  
 — ¡Defendeos! gritó el escocés, pálido de cólera.  
 Proponíase Crichton desarmar al príncipe, y era evidente que no tardaria en conseguirlo, pues la violencia de Gonzaga de nada servia contra la superior habilidad y calma de su adversario.  
 — ¡Herid! gritaba el príncipe furioso; yo no me rindo, y no os daré cuartel si la suerte se decide en mi favor.  
 Crichton envainó su acero.  
 — Llamad á la guardia, dijo, volviendo desdeñosamente la espalda al príncipe y dirigiéndose á Blount.  
 El inglés salió de la cámara.  
 Gonzaga, que habia visto aquello con cierta inquietud, llevó á sus labios un silbato de plata; pero Andreini no contestó al llamamiento.  
 — Es inútil que os pongais á las órdenes del rey, príncipe, dijo el escocés con aparente cortesía; y os ruego eviteis á mis hombres la necesidad de emplear la fuerza.  
 — Yo no me resistiré á la autoridad soberana cuando me convenza que estais autorizado para prenderme.  
 — Mirad este sello.  
 — ¡Basta! contestó el príncipe; señores, añadió, dirigiéndose con paso lento y digno hácia los alabarderos, que precedidos por Blount, acababan de penetrar en la cámara; soy vuestro prisionero.  
 La guardia le rodeó inmediatamente.  
 — Conducidme al salon bajo hasta que llegue una litera que lo traslade al Louvre, dijo Crichton á los alabarderos; me reuniré con vosotros tan pronto como haya auxiliado á esa desgraciada víctima.  
 — Caballero Crichton, dijo el príncipe al llegar al dintel de la puerta, me avergüenza el tener que pedir os una gracia; pero solicito el favor de que me acompañe Andreini.  
 — Está bien, contestó Crichton; accedo á vuestro deseo.  
 Los alabarderos partieron entonces, y el ruido de sus pasos se perdió en el corredor.  
 Entre tanto, Rugieri, obedeciendo al impulso de su nuevo amor paternal, se arrojó al lado de su hija, esforzándose en reanimarla por todos los medios posibles.  
 Despojándose de su ancho ropón de seda, rodeó cuidadosamente á la jóven, y despues de levantar su cabeza, la apoyó sobre un hombro, apartando las largas trenzas de sus cabellos negros.  
 Al contemplar aquel hermoso semblante, tan alterado en su expresion, el corazon del pobre padre se desgarró, é inclinando la cabeza sobre el pecho de su hija, vertió abundantes lágrimas.  
 — Rugieri, dijo el escocés con acento severo, adelantándose hácia el astrólogo; por mas que me conmueva vuestro sufrimiento, no puedo poner trabas á la justicia, y así espero domineis tanta pena para acompañarme al Louvre. Necesito vuestro testimonio á fin de probar la conspiración fraguada por los Médicis contra el rey.

(Se continuará.)

El fronton

DEL HOSPITAL CIVIL DE LA MISERICORDIA

EN RIO JANEIRO.

El notable fronton que reproducimos en nuestro grabado, es obra de un artista de talento, el señor Luigi Giudici, de Génova. El mérito de que este distinguido escultor ha dado pruebas en la ejecucion de los trabajos que le han sido confiados, le ha valido las mas lisonjeras proposiciones por parte del gobierno brasileño, y el artista está concluyendo en la actualidad el fronton que debe coronar el gran hospital civil de la Misericordia.  
 Este establecimiento de beneficencia representa una vasta y magnífica construcción, fundada bajo el reinado de Don Pedro I, gracias á la inteligente iniciativa de su ministro José Clemente Pereira. Es un espléndido edificio de estilo dórico, con dos órdenes de columnas sobrepuestas y coronadas con el fronton que nos ocupa.  
 El señor Giudici ha sabido triunfar hábilmente de las dificultades que tenia que vencer para llenar su programa. Obligado á renunciar á una composición de vas-

tas proporciones que habría abrazado todo el fronton, pero que habría ocasionado un gasto relativamente considerable, ha dividido su obra en tres secciones, que le han permitido expresar tres pensamientos diferentes.

Uno de los bajo-relieves laterales representa la Religión y el Culto, y el otro la Medicina y la Ciencia.

El medallón central, que es el que reproducimos, constituye la obra principal del fronton. Como en el establecimiento se cuida á los enfermos y á los niños, el artista ha simbolizado felizmente el pensamiento que ha presidido á esta creación, representando á la Misericordia abrigando bajo su manto todas las miserias. Una mujer dando de mamar á un niño representa la Caridad. La ejecución de este programa ingeniosamente concebido, coloca al señor Giudici en la categoría de los artistas que saben comprender y realizar el arte monumental.

L. C.



Medallón central del fronton del hospital de la Misericordia en Rio Janeiro.

### Las fuentes en Constantinopla.

Cuando se ha hablado del Bósforo, del Cuerno de Oro, de los cafés y del gran Campo de los Muertos, parece que ya se ha dicho todó sobre Constantinopla.

Rara vez los viajeros nos hablan de las fuentes, y sin embargo, todo el que ha puesto los piés en Oriente, sabe la importancia del papel que tiene el agua en todos los actos de la vida musulmana. Gerardo de Nerval afirma que los aguadores abundan tanto en Constantinopla como los taberneros en

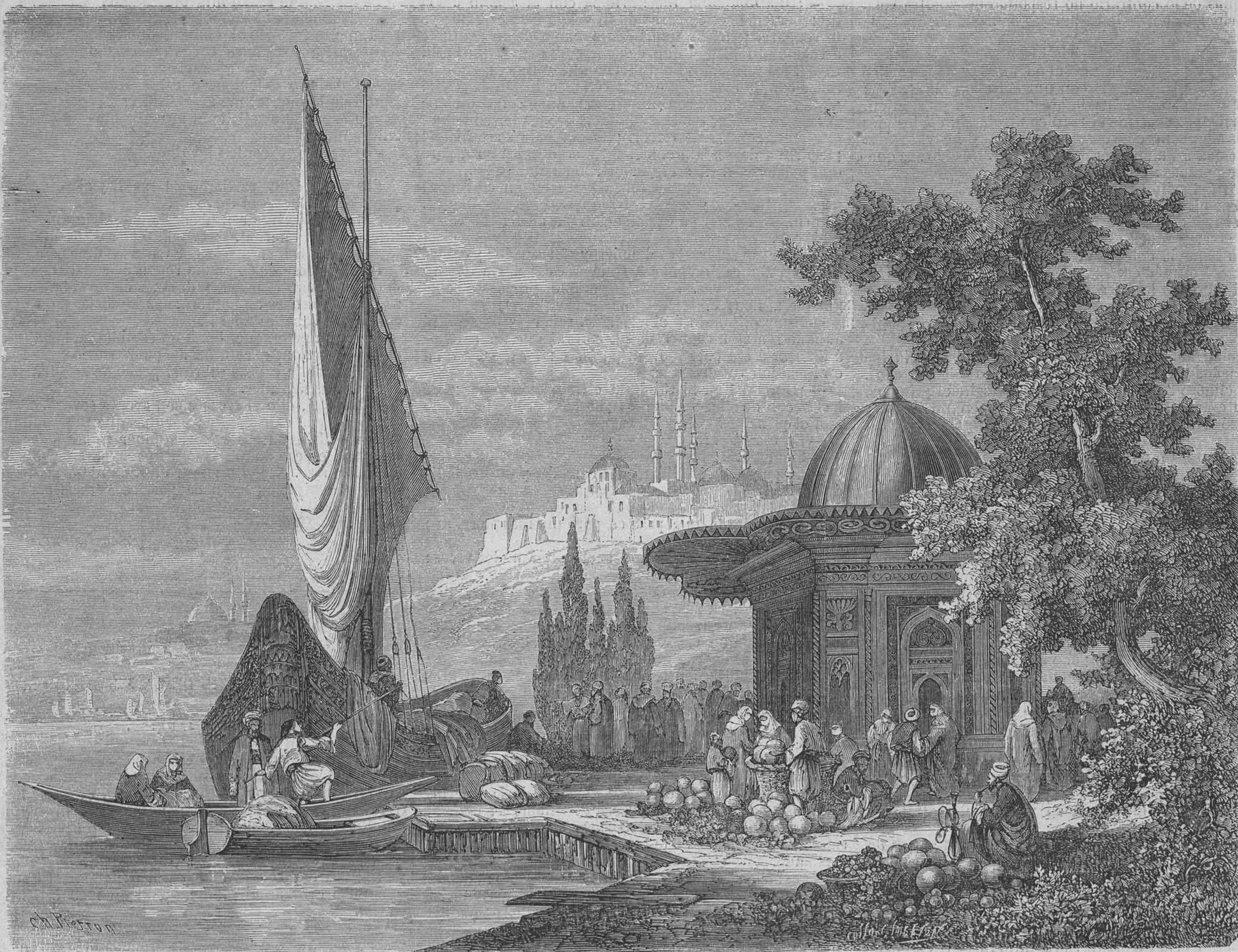
Paris y los cerveceros en Lóndres. Mas aun; hay aficionados inteligentes que por el sabor y al cabo de muchos meses de conservación, saben reconocer y distinguir el agua del Eufrate, la del Nilo, el agua dulce de Asia, la de Europa, etc., etc. Bajo este concepto, nadie se ha explicado tan terminantemente como Gerardo de Nerval.

Constantinopla, sin embargo, tiene fuentes, y esto no sorprenderá á nadie, sobre todo cuando se recuerde que los musulmanes piensan en dar de beber aun á las aves del cielo. En el gran Campo de los Muertos, toda piedra tumularia tiene una cavidad donde se reunen las aguas de lluvia, y mientras se pasean por en medio de los cipreses, ó se toma café, ó se escucha á los poetas ambulantes, los pájaros que pasan bajan á beber esta agua.

Toda fuente pública en Constantinopla se parece á la que se encuentra bajando de Pera á Top-Hané, y está cubierta con una techumbre que sobresale por delante. Gracias á este sistema, el agua salta siempre en la sombra y se mantiene fresca. Muy á menudo se dice en las conversaciones occidentales, que los turcos son unos bárbaros que carecen de toda nocion respecto de higiene. Sin embargo, basta ver cómo cuidan sus fuentes para comprender que en estos dichos hay un error craso.

La fuente que se ve representada en nuestro grabado, situada á cien metros de uno de los desembarcaderos del Bósforo, está adornada con preciosos arabescos, y con mucha frecuencia la visitan los viajeros europeos, ya por causa de su belleza arquitectónica, ya con motivo del mercado musulman que está en las inmediaciones.

G. B.



Una fuente en Constantinopla.